

LOS INDIOS CONQUISTADORES ALIADOS DEL PERÚ: EL CASO DE DON FRANCISCO CHILCHE CAÑAR, CACIQUE, ALCALDE Y CAPITÁN DEL REY

Julio CABALLERO ARES¹

RESUMEN

La carrera de don Francisco Chilche Cañar sirve de ejemplo perfecto de indio conquistador aliado para el caso de la conquista del Perú, siendo, además recompensado con nombramientos y privilegios que le convirtieron en el líder cañari más poderoso en el Cuzco hispánico del siglo XVI. A través del recorrido biográfico de este importante aliado andino se evidencian las principales características de la relación entre españoles y cañaris con una perspectiva centrada en los últimos. De esta forma se ha reconstruido y analizado la participación, motivación y logros cañaris dentro del contexto de la conquista y construcción del virreinato del Perú.

PALABRAS CLAVE: Cañaris. Perú. Cuzco. Aliados Indios. Conquista. Indios Conquistadores. Siglo XVI. Incas.

¹ Universidad Complutense de Madrid.

ABSTRACT

The career of Don Francisco Chilche Cañar serves as a perfect example of an allied Indian *conquistador* in the case of the conquest of Peru. He was also rewarded with appointments and privileges that made him the most powerful Cañari leader in the Hispanic Cusco of the 16th century. Through the biographical journey of this important Andean ally, the main characteristics of the relationship between Spaniards and Cañaris are shown with a perspective focused on the latter. In this way, Cañaris participation, motivation and achievements have been re-enacted and analyzed within the context of the conquest and construction of the viceroyalty of Peru.

KEYWORDS: Cañaris. Peru. Cusco. Indian Allies. Conquest. Indian *conquistadors*. Sixteenth Century. Incas.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

En los procesos de conquista de los espacios ultramarinos de la Monarquía Hispánica las relaciones y alianzas entre los europeos y diversos grupos locales fueron una de las cuestiones clave para entender sus éxitos. El estudio y análisis histórico de estos destacados asociados de los conquistadores tiene su caso ejemplarizante y principal en los tlaxcaltecas. Estos aliados mesoamericanos se unieron a las fuerzas de Hernán Cortés, quienes ya estaban acompañados por los aliados totonacas, para respaldar la conquista de Tenochtitlán. Esta relación entre europeos y mesoamericanos se inició por el interés común de ambas partes, si bien se enfrentaron entre ellos antes de conseguir iniciar las negociaciones. Cortés precisaba de respaldo para tomar control de la poderosa ciudad de los mexicas, que eran los tradicionales enemigos de Tlaxcala. La relación se sostuvo en unos afanes compartidos, si bien tras conseguir el objetivo inicial la relación no solamente se mantuvo, sino que se intensificó e institucionalizó.

Los tlaxcaltecas se convirtieron en una parte importante del régimen virreinal posterior a la conquista, sustentando otras expansiones a través de diferentes métodos. Por supuesto, este respaldo al régimen hispánico no era

fruto de la simple simpatía, sino de la capacidad del sistema para mantener su lealtad a través de recompensas. Por lo tanto, las actuaciones tlaxcaltecas fueron consecuencia de un interés propio derivado inicialmente de su particular devenir histórico, siendo posteriormente capaces de convertirlas en servicios con los que negociar privilegios y concesiones con las nuevas autoridades.

Esta perspectiva ya ha sido presentada y utilizada para el caso tlaxcalteca por autores como Matthew Restall o Michael Oudijk con su propuesta del concepto del Indio Conquistador². Estos indios conquistadores se presentan como actores con intereses propios, siendo además beneficiarios evidentes de su participación durante la conquista y expansión imperial hispánica. Asimismo, fueron diestros a la hora de rentabilizar sus acciones dentro del marco hispánico. Aunque que, por diversos motivos, como la reducción de su participación en las narraciones de sus compañeros españoles en un intento de destacar más ellos mismos, no han dejado una constancia clara de su participación, la cual, sin embargo, fue fundamental³.

Siguiendo esta dinámica investigadora, ha sido focalizado uno de los casos más paradigmático y reconocible entre los aliados indios durante la conquista de los Andes: los cañaris. Estos tienen una importante presencia en diferentes crónicas y son reconocidos como aliados esenciales en la mayoría de obras sobre la conquista del Perú. Desde estas consideraciones hemos reconstruido y analizado la vida de uno de los principales cañaris, don Francisco Chilche Cañar. Este personaje es un ejemplo perfecto de Indio Conquistador para la conquista del Perú.

Fue el cañari más famoso y poderoso en la importante y simbólica región del Cuzco durante el periodo de conquista e instalación del virreinato en los Andes. Durante su existencia se relacionó con algunos de los personajes más importantes del lugar, tanto de los últimos tiempos incas como durante las primeras décadas españolas. Siguiendo su recorrido vital se puede observar la importancia de los cañaris en los procesos que dieron forma a los Andes hispánicos. Por supuesto, Francisco Chilche desde su posición como uno de los principales representantes de su positivamente reputada comunidad, y con ayuda de sus habilidades personales, consiguió destacar en la sociedad cuzqueña y ser una de las figuras andinas con más poder en ella, anterior feudo absoluto de los incas. Es por todo ello que Chilche ha sido presentado como un indio conquistador por derecho propio.

² OUDIJK y RESTALL, 2007.

³ CHUCHIAK, 2007.

Por otro lado, al seguir la carrera de uno de los más importantes cañaris del periodo, se evidencian cuestiones generales sobre los cañaris y el territorio del Perú. Esta comunidad maniobró a través de personajes como Chilche para negociar su integración y capitalizar sus acciones durante diferentes eventos. Por supuesto, el motivo real de la alianza y la forma en que los cañaris construyeron un discurso propio para participar del sistema de recompensas hispánica es otra cuestión observable, si bien no se ha profundizado en ella. Con esto se pretende no solo dar mayor profundidad a la reconstrucción de la carrera de Francisco Chilche Cañar como indio conquistador y miembro legítimo de la Monarquía Hispánica, sino también presentar a través de él parte de las complejas relaciones entre cañaris, incas y españoles. Y no son cuestiones secundarias, ya que esa interacción fue una parte esencial en la construcción y sostenimiento del régimen hispano-andino del siglo XVI.

Para reconstruir y analizar la vida del potentado cañari, y de sus compatriotas afines a él, han sido organizados ocho capítulos. El primero está dedicado a la contextualización prehispánica, una parte vital para comprender las motivaciones y objetivos propios de los cañaris antes de la llegada de Francisco Pizarro en 1532. Para poder exponer esta compleja cuestión es necesario iniciar con una breve introducción a los cañaris prehispánicos como pueblo y a su relación con el imperio inca. Es especialmente interesante centrar una atención especial en el proceso de represión que los cañaris sufrieron durante la guerra civil de Huáscar y Atahualpa. El impacto en la mentalidad cañari de estos eventos sobrepasó el propio periodo de conquista, siendo por lo tanto una parte necesaria para entender la relación cañari-inca, base de la alianza hispano-cañari.

Siguiendo los estudios centrados en los tlaxcaltecas, este tipo de reconstrucción del desarrollo histórico previo ayuda a entender los intereses de los grupos amerindios aliados en las conquistas. De esta forma es como se han determinado los objetivos principales de los cañaris en general, y de Francisco Chilche en particular, para asociarse firmemente con los ibéricos frente a sus antiguos señores incaicos. Si bien es adecuado mencionar que esta contextualización no está centrada en Francisco Chilche como individuo, sino en aspectos generales que afectaron a los cañaris. De esta forma, aún sin tener referencias directas a sus pensamientos o intenciones, se puede entender su situación y objetivos primordiales a inicios de su relación con los conquistadores. Es una cuestión compartida entre la mayoría de cañaris que permite examinar sus acciones dentro de la realidad histórica activa en el momento del encuentro con los españoles.



Seguidamente se ha reconstruido la carrera del líder cañari en el resto de capítulos atendiendo a sus grandes hitos vitales que han quedado registrados, siempre considerando su influencia sobre el devenir de la comunidad que encabezaba. La historia de Francisco Chilche comienza con su aparición ante la expedición de Francisco Pizarro hacia Cuzco. La relación entre Chilche y Pizarro es una parte necesaria para entender el inicio del ascenso del primero. Su afinidad con los conquistadores recién llegados fue notoria, incluso superior a otros cañaris también aliados. Su oposición al incanato fue enconada y fuertemente recompensada con el tiempo. Gracias a su habilidad en las armas y su arrojo personal salió reforzado del asedio de Manco sobre Cuzco. De la mano de los Pizarro se convirtió en uno de los grandes señores andinos de la región, logrando tomar posesión de espacios y riquezas que anteriormente eran exclusivamente para las élites incas.

Desde su posición privilegiada conseguida tanto por sus méritos propios como por su relación con alguno de los más destacados personajes de las altas esferas españolas locales, siguió aumentando su influencia. Durante el proceso de instalación y construcción del nuevo régimen, Francisco Chilche fue abriéndose hueco tanto para él como para su comunidad de cañaris, y chachapoyanos, que fueron los confederados tradicionales de los cañaris. Las formas que empleó para buscar sus objetivos personales y comunitarios, así como los esfuerzos para retener lo conseguido, denotan su habilidad para interactuar con lo español y con lo andino. No fueron situaciones fáciles las que tuvo afrontar, ya que Chilche y sus cañaris lidiaron directamente con una de las últimas rebeliones que cerraron el periodo de guerras civiles del Perú. Su papel como líder cañari durante los críticos años cincuenta y sesenta corresponde a uno de los más importantes periodos de consolidación de esta comunidad cuzqueña como parte del nuevo sistema hispánico en el Perú.

Para cerrar se ha centrado la atención en la década de los setenta, quizás una de las más intensas de su vida. El ya anciano líder cañari estaba consolidado como una figura preminente de la sociedad cuzqueña cuando se encontró con una oportunidad que no dejó pasar. El virrey Francisco de Toledo comenzó una campaña de reformas con el objetivo de actualizar la estructura perulera y afianzar el poder de la Corona frente a diversos grupos de la élite local. Dentro de estos planes el virrey encontró en Cuzco un aliado de primer grado en los cañaris encabezados por Francisco Chilche. La intención de erosionar el poder inca en la región de Cuzco pasó tanto por la campaña militar que destruyó el bastión inca independiente de Vilcabamba, así como por reformas institucionales. Y Francisco Chilche, quien parece que supo aprovechar el interés del virrey para aproximarse a su figura y

ganarse sus simpatías, consiguió que él y su comunidad fueran una pieza significativa en estos procesos. Es durante este gobierno cuando el propio Francisco Chilche consigue un nuevo aumento de riqueza y poder. Pero sin lugar a dudas, fue su comunidad cañari-chachapoyana la más privilegiada. Su integración en las estructuras de gobierno local fue afianzada y aumentada. A su muerte, ya pasados los años setenta, los cañaris-chachapoyanos eran mucho más importantes y privilegiados de lo que lo habían sido hasta el momento, mientras él dejaba un linaje que no mantuvo la mayor parte de lo recibido.

De esta forma, con el recorrido de la vida del líder cañari cuzqueño analizando tanto su contexto personal como el desarrollo de la integración de su comunidad, se pueden aclarar cuestiones de interés para entender el periodo en la región. Su camino desde el fin del imperio inca pasando por la conquista, el alzamiento de Manco, la rebelión de Hernández de Girón, la construcción del Cuzco español y el fin de Vilcabamba, permite examinar la mayoría de eventos destacados de esa zona durante el periodo desde una perspectiva propiamente andina, aunque estuviese en contacto constante con los españoles. Por otra parte, es la presentación y ejemplo perfecto de un indio conquistador de origen andino que gracias a su participación en la conquista y su integración negociada llegó a ser un miembro destacado del régimen peruano en el centro del Perú. Su poder e influencia en aquella tierra tradicionalmente inca fue fruto de sus triunfos junto a los conquistadores españoles. Un personaje significativo que de forma decidida respaldó el establecimiento de la Monarquía Hispánica en el Perú, sin dejar por ello de buscar sus objetivos comunitarios y personales.

Los cañaris y el Incanato

Bajo la denominación de cañaris en el siglo XVI y XVII se agruparon diversos grupos étnicos con continuidad histórica y cultura compartida que ocuparon principalmente los territorios de las actuales provincias ecuatorianas de Azuay y Cañar, más algunas áreas de las provincias colindantes del Chimborazo, Guayas, El Oro, Loja y Morona Santiago. Si bien con el tiempo se han añadido las comarcas del Cantón Alausí en la provincia de Chimborazo hasta Tiquisambe⁴. Aquiles R. Pérez situó su territorio entre el nudo de Azuay por el norte, el río Jubones por el sur, la Cordillera Real por el este y la cordillera Occidental por el oeste, en total un área de unos 10.400

⁴ GONZÁLEZ SÚAREZ, 1965, p. 26.

kilómetros cuadrados⁵. Otras propuestas acotan el conjunto a la sierra entre Saraguro, los páramos del nudo de Azuay y partes de la montaña del Cutucú y el norte de la cordillera del Cóndor, el valle del Upano y el curso inferior del Zamora y sus afluentes. Si bien no se conocen totalmente sus límites, en general estos territorios compusieron el País Cañari, tierra originaria de este pueblo. De forma general, se evidencia que los cañaris buscaron instalarse principalmente en los valles abiertos de climas calientes y grandes ríos⁶.

Estas comunidades cañaris se organizaron en parcialidades⁷ independientes encabezadas por una élite cuyo máximo representante fue el curaca⁸. El padre Velasco propuso que hubo veinticinco tribus o parcialidades: Ayancayes, Azogues, Bambas, Burgayes, Cañaribambas, Chuquipatas, Cínudos, Cumbes, Guapanes, Girones, Gualaseos, Hatun Cañares, Manganes, Molleturos, Pacchas, Pautes, Plateros, Racares, Sayausíes, Siccis, Tadayes, Tomebambas y Yunguillas. Pero su propuesta fue rechazada posteriormente por González Suárez basándose en deficiencias al catalogarlas. Los debates sobre esta catalogación y el número de parcialidades cañaris existentes no están completamente cerrados a día de hoy. Lo que sí parece tener mayor consenso general es que los cañaris fueron sociedades pertenecientes a las culturas andinas con una organización social desigual y jerarquizada. Políticamente, se articularon a través de parcialidades disímiles, en relación de conflicto y colaboración entre ellas, y con dos o tres de mayor tamaño y ascendencia. Cada una de ellas contó con sus propios linajes y líderes independientes, sin la presencia de un monarca o soberano unificador. Sus élites acumularon un notable poder y riqueza. Por otro lado, como particularidad, sí bien compartieron muchas prácticas culturales andinas, también contaron con elementos amazónicos. Su identidad como conjunto político no se completó de forma independiente en su entorno cultural local.

Reginaldo de Lizárraga describió ambos sexos físicamente como *«muy gentiles hombres; bien proporcionados, y lo mismo las mujeres; los rostros aguileños y blancos»*⁹. Antonio de Herrera y Tordesillas los presentó como *«gente valerosa, ducha y muy política, de buen talle y proporción»*¹⁰. El cronista Cieza de León detalló cómo se distinguían entre el resto de andinos. *«Traen los cabellos muy largos, y con ellos daba una vuelta a la cabeza, de tal manera que con ella y con una corona que se ponen redonda de*

⁵ PÉREZ, 1978, p. 9.

⁶ GONZÁLEZ SUÁREZ, 1965, p. 100.

⁷ BRAVO, 2003 (p. 337), CIEZA DE LEÓN, 2005 (p. 127), GARCILASO DE LA VEGA, 1985 (p. 160), GONZÁLEZ SUÁREZ, 1965 y PÉREZ, 1978 (p. 410).

⁸ CIEZA DE LEÓN, 2005, p.132.

⁹ LIZÁRRAGA, 1909, p. 528.

¹⁰ Herrera citado en GONZÁLEZ SUÁREZ, 1965, p. 59.

palo tan delgado como aro de cedazo, se ve claramente ser cañares, porque para ser conocidos traen esta señal)¹¹.

Su naturaleza bélica fue otra característica destacada por algunos cronistas, como Agustín Zárate, quien escribió que «*los Cañares, [eran], gente muy belicosa*»¹² o Reginaldo Lizárraga que destacó que «*Son estos cañares hombres belicosos*»¹³. Esta tradición guerrera también ha sido confirmada por la arqueología a través del hallazgo de depósitos de armas ofensivas como hachas de guerra¹⁴ y *tumi*¹⁵, así como piezas defensivas como placas circulares para el pecho, normalmente de oro y plata con imágenes de fieras¹⁶. Esto implica un aprecio entre las élites desde tiempos pre-incas de los materiales bélicos con representaciones de criaturas peligrosas y poderosas del medio ambiente local.

Pero el elemento característico del común de los guerreros cañaris fue la lanza. A través de la lingüística ha sido confirmada como un objeto identificativo. Esta arma cañari fue conocida como *Chazcachuqui*, traducido por Gonzales Holguín como «*la lança [sic] de los cañaris con borla grande como bola*»¹⁷. Esta arma y su denominación muestran, por un lado, una especialización marcial de los cañaris arraigada desde, al menos, los tiempos incas. No era la única arma que utilizaban los cañaris, pero sin embargo sí es la única que parece tener vínculo con la identidad de los mismos.

Las parcialidades cañaris no solamente obtuvieron esta tradición y experiencia guerrera de sus comunes enfrentamientos entre sí. También tuvieron diversos y notorios choques contra muchos de los pueblos colindantes, como los puruháes, zarcas, paltas, tumbesinos, xívaros, huancavilcas y punaes. De hecho, los enfrentamientos con los amazónicos xívaros tuvieron continuidad durante el periodo hispánico, aunque la mayoría de hostilidades con sus otros vecinos terminaron aplacadas tras la conquista. Pero lo importante es que esta situación de enfrentamientos a escala local solamente duró hasta la segunda mitad del siglo xv¹⁸.

En aquel momento, la maquinaria expansiva del incanato, encabezado por Inca Yupanqui, quien ya había sometido Tumbes, Zarza y Paltas,

¹¹ CIEZA DE LEÓN, 2005, pp. 130-131.

¹² ZÁRATE, 1948, p. 142.

¹³ LIZÁRRAGA, 1909, p. 528.

¹⁴ ARRIAGA, 1965, pp. 66-67.

¹⁵ Palabra quechua traducida como cuchillo. Era normalmente un hacha con el filo en posición horizontal en lugar de vertical y ricamente decorada, siendo considerada un símbolo de poder similar a un bastón de mando.

¹⁶ GONZÁLEZ SÚAREZ, 1965, p. 84.

¹⁷ GONZÁLEZ HOLGUÍN, 2007, p. 88.

¹⁸ FARON, 2003, pp. 100-110 y VELASCO, 1998, p. 392.

penetró en el País Cañari¹⁹. Inicialmente su resistencia logró entorpecer el avance cuzqueño²⁰, aliándose con otros andinos locales resistentes, como los quitos, para frenar el empuje de Inca Yupanqui. Pero ante la imposibilidad de construir un frente sostenible y sólido, así como gracias a la brutalidad ejercida por los ejércitos incas²¹, se avinieron a negociar su integración en el imperio²². Los cañaris, que recibieron ese nombre de sus conquistadores incas, fueron agrupados y sometidos a un primer gran *mitmaq*, sistema de dominación inca basado en el traslado forzado de población con intencionalidad político-cultural²³. De esta forma, el incanato extrajo cerca de la mitad de su población a la que dispersó por diversos territorios en el centro y sur de los Andes, mientras introducía otros andinos en las tierras cañari²⁴. Además, se instaló una fortaleza con guarnición leal al soberano cuzqueño para garantizar el dominio del País Cañari. Los cañaris se convirtieron entonces en una de las etnias guerreras que más abiertamente respaldaron la expansión cuzqueña hacia sus vecinos, incluyendo su antiguo aliado, el reino de Quito. Los cañaris mostraron a los incas desde temprano su habilidad guerrera al ayudar a frenar el intento de reconquista encabezado por Scyri Cacha, último soberano independiente de Quito²⁵.

Cuando Huayna Cápac, nacido en el País Cañari²⁶, recibió el control del imperio instaló su base en Tomebamba, ciudad inca impuesta en tiempos de Inca Yupanqui sobre la población cañari de Chordeleg, al este de la actual ciudad de Cuenca. Esta se convirtió en cocapital desde la que se acaudilló la conquista del resto del Chinchaysuyo²⁷, empresa que contó con una participación cañari destacada²⁸. También respaldaron con sus armas el sometimiento de los rebeldes pastos, tumbes o cayambis entre otros grupos que aprovecharon la sucesión inca para intentar soltarse de su dominio. Una vez el reino del Quito estuvo sometido, la expansión inca continuó con la

¹⁹ SARMIENTO DE GAMBOA, 1988, p. 119.

²⁰ PÉREZ, 1978, pp.296-297.

²¹ SARMIENTO DE GAMBOA, 1988, p. 119.

²² GARCILASO DE LA VEGA, 1985, p. 160.

²³ COBO, 1956, p. 84 y ESPINOZA, 1999, pp. 321-322.

²⁴ MURÚA, 2018, p. 37.

²⁵ VELASCO, 1998, p. 17.

²⁶ Fue, supuestamente, en la fortaleza de Tomebamba donde Mama-Occllo alumbró a Huayna Cápac. CABELLO BALVOA, 1951, p. 320.

²⁷ El Chinchaysuyo fue la partición de los cuatros suyos incas, una división figurada en cuartos del mundo. El Chinchaysuyo correspondiente al noroeste aproximadamente. CHACÓN, 2005, pp. 17-19.

²⁸ SARMIENTO DE GAMBOA, 1988, p.119.

conquista de los indios macas, los territorios confines del País Cañari, Quisina, Ancamarca, el Pruvay y los indios nolitria, entre otros norteños²⁹.

Pero durante este periodo los cañaris no actuaron como un cuerpo único y bien articulado, por lo que hubo parcialidades que se opusieron al Sapa Inca, como fue el caso del curaca Chillo, que con un millar de guerreros atacó las posiciones fortificadas incaicas³⁰ o la resistencia de los curacas Pinto y Canto, que lucharon hasta ser derrotados, siendo el primero desollado para hacer un tambor ritual que se envió a Cuzco y el segundo muriendo durante los combates³¹. Estas resistencias costaron un segundo *mitmaq* en el País Cañari.

Aun así, con Huayna Cápac los cañaris alcanzaron su máxima posición dentro del Tahuantinsuyo o imperio inca. Fueron parte de la guardia que protegió al Sapa Inca³², la ciudad inca de su región, Tomebamba, fue transformada en una segunda Cuzco y estuvieron presentes en ambas cortes imperiales. Los guardias cañaris se convirtieron, junto con sus compañeros chachapoyanos, en un contrapeso al poder de las *panakas*³³ cuzqueñas, siendo un poder no oficial y, por ello, totalmente dependientes del propio Huayna. Esto les convirtió en una útil herramienta de control político en el propio Cuzco y les garantizó el privilegio de hacer servicios marciales en sustitución a la *mita*³⁴ de trabajo. Además, en Tomebamba fueron nombrados guardianes y servidores de los restos de Mama Ocllo, madre de Huayna Cápac, ocupándose de una estatua de oro con las entrañas de la mujer que fue una importante pieza del culto al soberano³⁵. La ciudad, imitando la traza de Cuzco, se llenó de palacios y templos para impulsar su posición como segunda capital en el norte. Los cañaris fueron de los grupos más poderosos e influyentes del Tahuantinsuyo durante este periodo por su posición cercana al soberano, si bien no lograron nunca puestos institucionales dentro del mismo.

Pero la repentina muerte del conquistador inca y de su principal heredero, Ninan Cuyuchi, en 1521 a consecuencia de una enfermedad, posiblemente viruela, dio inicio a un problema sucesorio. Esta tensión interna del imperio no tardó en degenerar en un conflicto civil entre dos candidatos

²⁹ SARMIENTO DE GAMBOA, 1988, p. 143.

³⁰ CABELLO BALVOA, 1951, pp. 357-386.

³¹ SARMIENTO DE GAMBOA, 1988, p. 146.

³² SANTACRUZ DE PACHACUTI, 1879, p. 284.

³³ Clanes o *Ayllus* extensos vinculados con algún soberano inca a través de su *maqui* o momia.

³⁴ Impuesto en forma de trabajo con el que el incanato impulsaba grandes obras públicas o producción agrícola y material para el estado.

³⁵ BALBOA, 1951, pp. 364-365.

a la *mascapaicha*³⁶: Huáscar el cuzqueño y Atahualpa el quiteño. Antes de la guerra, los cañaris, desde su posición cercana a las altas esferas del poder inca, contribuyeron al rápido desgaste de la relación entre los contendientes cuando, algunos de sus líderes, comenzaron a manipular y malmeter entre ambos. Especialmente se alinearon contra las pretensiones de Atahualpa, muy interesado en dominar la cocapital de su padre desde temprano³⁷.

Parece que la preferencia cañari fue quedar bajo la esfera de poder del Cuzco, más lejana, y por lo tanto más débil, así como el interés en proteger a las comunidades *mitmaq* dispersas en territorio dominado por Huáscar. Estos motivos explicarían la maniobra encabezada por el curaca Chamba, uno de los más importantes líderes cañaris en la zona de Tomebamba, para alejarse del poder de Quito. Pero terminó por provocar la intervención armada de Atahualpa en la zona. Tras derrotar al rebelde curaca cañari, como no le pudo atrapar, mandó empalar a sus mujeres e hijos, así como demoler su casa³⁸. Aun así, los cañaris siguieron manipulando la de por sí frágil relación entre los hermanos hasta que saltaron las hostilidades, con el País Cañari y Tomebamba como centro del comienzo del conflicto.

Cuando la guerra civil estalló los cañaris se sumaron rápidamente al bando huascarista y respaldaron a las fuerzas del Cuzco contra las veteranas tropas conquistadoras de Huayna Cápac, ahora bajo el mando de Atahualpa. Esta apuesta por el Cuzco de los cañaris se volvió una trampa de consecuencias devastadoras para ellos. El primer choque armado en Tomebamba se saldó con una derrota de Atahualpa, quien había pensado erróneamente que se enfrentaba nuevamente a un simple alzamiento cañari. Tras el descalabro, Atahualpa fue hecho prisionero. Pero no tardó mucho en fugarse y preparar un nuevo ataque, esta vez mejor planeado. El resultado fue la primera derrota de las fuerzas huascaristas, momento de inicio de la brutal represión sobre los cañaris.

Y es que Atahualpa, motivado por odios personales o no, desde sus primeras victorias comenzó una campaña de terror y castigos públicos ejemplarizantes sobre ellos. Según la crónica de Juan de Betanzos Atahualpa juró que «*su sangre [la de Atahualpa] fuese derramada por el suelo... si vencido que hubiese a Hango [general cuzqueño], no hiciese un castigo en los tales cañares y que de él hubiese memoria*»³⁹. Tras la derrota del general cuz-

³⁶ Cinta con borla que se ponían en la cabeza los soberanos incas como símbolo de su posición.

³⁷ BETANZOS, 2004, p. 251-253, CABELLO BALVOA, 1951, p. 423-432, MURÚA, 2018, p. 86-88 y SANTACRUZ PACHACUTI, 1879, p. 310-313.

³⁸ VELASCO, 1998, p. 84.

³⁹ BETANZOS, 2004, pp. 252.

queño Atoc y el cacique cañari Ullco Colla, ambos fueron llevados a Quito, donde les interrogaron a través de «*grandísimos tormentos*»⁴⁰ y posteriormente ejecutaron lanzándoles «*dardos y flechas*»⁴¹ hasta la muerte. Solo era el inicio de un proceso de castigo sin precedentes en la historia cañari.

Los intentos de reconciliarse con el candidato quiteño se vieron estériles, siendo ejecutados ancianos, niños, mujeres, cañaris guerreros y no guerreros, así como varios curacas y líderes. Tomebamba fue arrasada hasta los cimientos, ya que según las palabras de Francisco de Xérez «*lo abrasó [el pueblo de Tomebamba] y mató toda la gente dél [sic], y quería asolar todos los pueblos de aquella comarca*»⁴². Agustín de Zárate amplía la información señalando que Atahualpa «*llegando a la provincia de los Cañares, mató sesenta mil hombres dellos porque le habían sido contrarios, y metió a fuego y a sangre y asoló la población de Tumibamba... la cual era muy grande*»⁴³. Similares números dejó escritos el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, según el cual Atahualpa «*metió a cuchillo sesenta mil personas de los cañares, y asoló a Tumbamba, pueblo grande, rico y hermoso... con lo cual le cobraron todos miedo*»⁴⁴. El padre Velasco da una descripción más dura, según la cual el quiteño ordenó «*asaltarla [Tomebamba] y pasarla toda a sangre y fuego, sin perdonar a viviente alguno... hizo arruinar todos aquellos soberbios edificios y toda aquella ciudad tan célebre sin dejar piedra sobre piedra*»⁴⁵. La ruina de Tomebamba significó la eliminación de la sede en el País Cañari del poder inca en el Chinchaysuyo, posiblemente destinada a trasladarse a Quito, leal bastión de Atahualpa.

Tras la masacre y destrucción de Tomebamba los cañaris maniobraron para intentar aplacar el castigo de Atahualpa. Pero, según varios cronistas como Cieza de León, Alonso Borregán, Juan de Betanzos o el padre Velasco la represión solo acababa de comenzar:

«Los cañares estaban temerosos de Atabalipa porque habían tenido en poco lo que les mandó y habían sido en la prisión suya; recelábanse no quisiese hacerles algún daño, porque conocían que era vengativo y muy sanguinario; y como llegase cerca de los aposentos principales cuentan muchos indios a quien yo lo oí que, por amansar su ira, mandaron a un escuadrón grande de niños y a otro de hombres de toda edad que saliesen hasta las ricas andas, donde venían con gran popa [pompa], llevando en las manos ramos

⁴⁰ MURUA, 1613, p. 300.

⁴¹ BALBOA, 1951, p. 342.

⁴² XÉREZ, 2003, pp. 35-36.

⁴³ ZÁRATE, 1948, p. 143.

⁴⁴ FERNÁNDEZ DE OVIEDO, 1855, p. 228

⁴⁵ VELASCO, 1998, p. 89.

verdes y hojas de palma, y que le pidiesen la gracia y amistad suya para el pueblo sin mirar la injuria pasada; y que con grandes clamores se lo suplicaron y con tanta humildad, que bastara a quebrantar corazones de piedra. Mas poca impresión hicieron en el cruel de Atabalipa, porque dicen que mandó a sus capitanes y gentes que matasen a todos aquellos que habían venido; lo cual fue hecho no perdonando si no eran algunos niños y a las mujeres sagradas del templo que por honra del Sol, su dios, guardaron sin derramar sangre de ellas ninguna...»⁴⁶ [...] «... viendo los cañares [cañaris] que no se podían amparar con determinación de salir de paz y embiaron diez mil niños con flores en las cabezas sus guirnaldas a pedir misericordia [sic] y que no hiziese mal a su provincia ny [sic] a sus padres y el malvado cruel mando poner toda la gente del un cabo y del otro de los niños y tomolos en medio y los hizo degollar a todos. Esto fue hecho entre dos pueblos que se dize el uno mocha y el otro Ambato, destruíoles [sic] toda la provincia y mato a muchos señores que no dexo [sic] diez mil indios en toda la provincia...»⁴⁷ [...] «Para ponderar la crueldad de Atahulpa... viéndose los Cañares en su último exterminio, sin ser sostenidos del General de Huáscar, metido y fortalecido en Tomebamba, formaron un escuadrón de niños pequeños, que con ramas verdes en las manos se encaminasen a pedir misericordia y paz al enfurecido Rey; y que, despreciando aquel tierno espectáculo sin moverse a piedad, prosiguió con la carnicería de toda aquella dilatada Provincia, donde casi no quedaron sino solas mujeres por muchos años...»⁴⁸ [...] «... le salieron a recibir los Cañares y que delante de todos ellos venían los niños pequeños con ramos en la mano a le recibir e que Atahualpa los hizo matar a todos los niños que ansí venían con los ramos...»⁴⁹.

Atahualpa no aceptó la sumisión y rendición cañari, instrumentalizando la violencia y la brutalidad para promover una guerra psicológica que iba a ayudarle a vencer en el enfrentamiento sucesorio. Esta forma de escarmentar y aterrorizar a enemigos abiertos o potenciales a costa de la sangre y humillación cañari los dejó sin posibilidad de negociar. El quiteño mandó a sus comandantes «*que fuesen a los Cañares, que todos los que fuesen habidos, ansí [sic] hombres como mujeres y niños y de cualquier edad que fueses, se los enviasen a buen recaudo*»⁵⁰. Los cañaris solo pudieron escapar y esconderse «*en cuevas y montes, y otros lugares ocultos, y se fueron huyendo a Cusi Pampa donde estaba retirado Huanca Auqui [un*

⁴⁶ CIEZA DE LEÓN, 2005, pp. 458 y 131.

⁴⁷ BORREGÁN, 1948, pp. 469-470.

⁴⁸ VELASCO, 1998, p. 88.

⁴⁹ BETANZOS, 2004, p. 256.

⁵⁰ BETANZOS, 2004, p. 253.

general Cuzqueño]»⁵¹. Con estas acciones, Atahualpa no dejó más opción a los cañaris que continuar apoyando al candidato inca cuzqueño⁵².

Tras la victoria atahualpista en Carangue, el candidato a Sapa Inca quiteño reunió a varios prisioneros cañaris con los que organizó un nuevo castigo sangriento y espectacular:

«... mandó que así vivos como estaban les sacasen los corazones, diciendo que quería ver qué color tenían los corazones de los malos... Y como esto fuese hecho, dijo en alta voz el Atahualpa que si los indios, sujetos a aquellos tres principales, le tenían a él buen corazón y voluntad, que luego se levantasen y comiesen los corazones malos de sus principales; levantáronse luego e hicieron pedazos los tres corazones de sus señores y repartieronlos entre todos ellos los pedazos muy pequeños... Y así crudos, delante de Atahualpa, los comieron; de lo cual el Atahualpa recibió contentamiento y de ver la presteza con que los Cañares se levantaron a comer los corazones de sus señores. Y, esto hecho, mandó Atahualpa que luego viniesen allí cierto número de indios Quillaycingas, para que en presencia de los indios Cañares comiesen los cuerpos y carnes de los tres señores ya muertos; luego, vinieron allí los Quillaycingas, indios que comen carne humana⁵³, y delante de Atahualpa y de los Cañares todos, hicieron un gran fuego y, luego, tomaron los cuerpos muertos y hicieronlos pedazos y pusieronlos en sus asadores y trujeron [sic] allí un tinajón pequeño, lleno de ají y sal y agua, y con unas escobas de paja, como la carne se iba asando, le daban con aquellas escobas, mojándolas en aquel ají y sal, ya dicho. Y, siendo ya toda la carne asada, fuéles [sic] allí traído mucho maíz tostado y cocido, con el cual, siendo asentados en los suelos estos Quillaycingas⁵⁴ todos juntos en rueda, en presencia de los Cañares todos... Viendo los Cañares [cómo cocinaban y se comían los cadáveres], mostraban haber desto gran placer y alegría, por dar a entender a Atahualpa que aquellos tres señores les habían hecho que le fuesen enemigos y delincuentes, y que se holgaban de ver el castigo que de ellos se hacía. Y, esto hecho, mando

⁵¹ MURÚA, 1613, p. 314.

⁵² BETANZOS, 2004, p. 253-259, BORREGAN, 1948, p. 469-470, CABELLO BALVOA, 1951, CIEZA DE LEÓN, 2005, pp. 131 y 458, GARCILASO DE LA VEGA, 1985, p. 279, LÓPEZ DE GOMARA, 1979, p. 176, MURÚA, 2018, p. 95 VELASCO, 1998, p. 88, XEREZ, 2003, pp. 35-36 y ZÁRATE, 1948, p. 143.

⁵³ El cronista Xérez también menciona que el ejército de Atahualpa tenía caníbales como tropa. «De la gente natural de Guito [Quito] vienen doscientos mil hombres de guerra y treinta mil caribes que comen carne humana». XEREZ, 2003, p. 55. Igualmente, el secretario de Pizarro, Sancho de Hoz, confirma la presencia de estos grupos entre las fuerzas de Atahualpa. SANCHO DE HOZ, 2004, p. 41.

⁵⁴ Grupo nativo del oeste de la actual Colombia.

Atahualpa que estos Cañares fuesen puestos en la provincia de Guambo⁵⁵... para que allí fuesen mitimaes»⁵⁶.

El impacto psicológico y las consecuencias propagandísticas de semejante agravio y humillación fueron profundas. Incluso se puede observar en el relato como los cañaris fingien regocijo y aprobación ante la brutal ejecución de sus líderes para contentar a Atahualpa y que este se diese por satisfecho con esas atroces muertes. Pero no sirvió para que aflojarse su sanguinolenta y cruel campaña de represión:

«... de los Cañares, que fueron presos ciertos indios e señores que él mucho deseaba haber, y que mandó volver con ellos al sitio do la batalla se había dado y que en un cercado de allí había los enterrasen vivos, debajo de tierra, y que fuesen puestos a manera de plantas y árboles, bien así [sic] como cuando lo plantan en los huertos. E dio que hacía sembrar aquel cercado de gentes de corazones de mala disición [intención] y que querían ver si producían allí con sus malos frutos y obras, y este cercado mandó que se llamase Collanachacara: Extremada sementera; todo lo cual dicen haber él hecho para memoria de aquella batalla [de Riobamba]...»⁵⁷.

La noticia del escarmiento a los cañaris recorrió el Tahuantinsuyo como mensaje contundente sobre el destino de los opositores a Atahualpa. Además, el nivel de mortalidad durante estos actos de brutalidad comenzó a notarse fuertemente en los números demográficos de las poblaciones cañaris. Y es que las cifras se aproximan bastante a las esperables en un proceso de exterminio. Objetivo que según el cronista Xérez, era el designio final de Atahualpa, según sus propias palabras durante el cautiverio en Caxamarca:

«... ha hecho muchas crueldades en los contrarios, y tiene consigo a todos los caciques de los pueblos que ha conquistado... y con esto ha sido muy temido y obedecido... Atabaliba tenía pensamiento, si no le acaesciera [sic] ser preso [de Pizarro], de irse a descansar a su tierra, y de camino acabar de asolar todos los pueblos de aquella comarca de Tumepomba, que se le habían puesto en defensa, y poblalla [sic] de nuevo de su gente; y que le enviasen sus capitanes, de la gente de del Cuzco que han conquistado, cuatro mil hombres casados para poblar a Tumepompa»⁵⁸.

⁵⁵ Actual Huambo, provincia de Caylloma, en el departamento de Arequipa, al sur del actual estado del Perú, a más de 2.000 kilómetros de distancia del territorio donde estaba el País Cañari.

⁵⁶ BETANZOS, 2004, pp. 255-256.

⁵⁷ BETANZOS, 2004, p. 268.

⁵⁸ XEREZ, 2003, pp. 35-36.

Esta intención exterminadora por parte de Atahualpa, que en última instancia estaba llevando al extremo las fórmulas de guerra psicológica y sometimiento clásicas del incanato, parecen confirmarse por otros cronistas de forma secundaria, como es el caso de Cabello Balboa:

«... a las mujeres [cañari] preñadas, las hacia matar con crueldad bárbara, y antes de que de todo punto la sangre se le elase [sic], sacaba de sus vientres las criaturas palpitando, y medio vibas y hacia las matar otra vez; porque decía el [Atahualpa], que gentes tan malas, merecían morir dos veces [sic]»⁵⁹.

El ataque a las mujeres encinta coincide con la pretensión de exterminio que indicó Xérez. Es probable que buscarse la sustitución de los cañaris con una nueva población leal a su causa pasando por la eliminación de la siguiente generación. Es innegable que afrontaban un destino oscuro y brutal ante la implacable y victoriosa campaña militar de Atahualpa. Los éxitos militares del quiteño se siguieron encadenando, logrando victorias en el río Bombón y en Andamarca, donde *«le mataron [a Huáscar] los cañaris, chachapoyas cantando poluya poluya uuiya uuiya»⁶⁰*, siguiendo esta dinámica hasta el enfrentamiento en Chinta Capa. En este combate estuvo presente en persona Huáscar, quien fue derrotado y capturado. El camino hacia el Cuzco quedó abierto.

Los veteranos líderes militares de Atahualpa, Quizquiz y Chalcochima avanzaron hacia Cuzco sin más oposición mientras castigaban a los derrotados que encontraban a su paso⁶¹. En el ombligo del mundo, los generales de Atahualpa mortificaron especialmente a los incas partidarios de Huáscar y las principales *panakas* opositoras al quiteño⁶². Como era de esperar, también comenzaron la ejecución sistemática de los cañaris y chachapoyanos que lograron atrapar en la capital⁶³. Fue Quizquiz quien ordenó *«matar a todos los soldados y Capitanes Cañaris, que pudieron ser ávidos [sic], acordándose que el Cazique [sic] de ellos, Ullco Colla, avia [sic] sido el principal movedor, de aquellas guerras, y también mataron muchos Capitanes Chachapoyanos y otras naciones de la parte Chinchaysuyo, por aver [sic] acudido a el servicio de Guascar Ynga»⁶⁴*. Pero lejos de terminar la

⁵⁹ CABELLO BALBOA, 1951, p. 435.

⁶⁰ GUAMÁN POMA DE AYALA, 1993, pp. 298-299.

⁶¹ MURÚA, 1613, pp. 351.

⁶² CABELLO BALBOA, 1951, p. 459-464, SARMIENTO DE GAMBOA, 1988, p. 162-163, GARCILASO DE LA VEGA, 1985, pp. 280-281, GUAMA, 1993, p. 92 y 296-299, MURÚA, 2018, p. 110 y SANTACRUZ PACHACUTI, 1879, pp. 322-323.

⁶³ CABELLO BALBOA, 1951, pp. 462-463 y MURÚA, 2018, pp. 108-109.

⁶⁴ CABELLO BALBOA, 1951, pp. 462-463.

represión con la toma del Cuzco, Atahualpa y sus comandantes siguieron con las ejecuciones ejemplarizantes para asentar su autoridad:

«... queriendo hacerse tener más y que su nombre sonase en todas las provincias del reino, mediante los castigos que hiciese, mandaron matar a todos los indios Chachapoyas y cañares, que habían sido en las batallas presos, y con ellos todos los caciques y capitanes y principales que estaban detenidos en prisión, lo cual se ejecutó luego con una crueldad nunca vista, y se vio un espectáculo temeroso y horrendo, porque unos dieron asaltados con tiraderas y varas tostadas; otros, muertos a macanazos; otros abiertos por medio; otros empalados con éstos, y otros mil géneros de muertes desesperadas. Todo esto mandaron hacer en esta nación porque el Cacique de los cañares, llamado Uelco Colla, había revuelto a los dos hermanos... metiendo entre ellos cizaña, quizás para destruirlos a entre ambos en guerras que entre sí se hiciesen, como ya dijimos, pero bien lo pagó»⁶⁵.

Mientras estas ejecuciones estaban teniendo lugar, la victoria del nuevo Sapa Inca Atahualpa solamente reafirmó la campaña de represión. En palabras del Inca Garcilaso de la Vega:

«... luego que Atahuallpa supo la prisión de Huáscar mandó hacer guerra a fuego y a sangre a las provincias comarcanas a su reino [Quito], particularmente a los Cañaris, porque a los principios de su levantamiento no quisieron obedecerle; después, cuando se vio poderoso, hizo crudelísima venganza en ellos»⁶⁶.

Con la derrota de Huáscar y la entrada en Cuzco de las fuerzas quiteñas, la guerra estaba terminada. La eliminación del linaje de su rival y de sus principales partidarios incas corresponde a la extirpación de cualquier posible futura amenaza a su legitimidad. Pero el exterminio de los cañaris sobrepasó esta lógica de forma evidente, perdiendo su esencia práctica inicial dentro de la guerra psicológica. La propuesta de un exterminio de, al menos, diversas parcialidades cañaris, y su sustitución a través del *mitmaq*, aparece en múltiples cronistas. Atahualpa mostró su determinación de «castigar las trayciones [sic] cometidas por la nación Cañar, que verdaderamente ellos fueron los que mas se mostraron siempre opuestos... el castigo que hizo fue tan riguroso y cruel»⁶⁷.

El resto de los derrotados cañaris escaparon lejos de las fuerzas atahualpistas, dispersándose por diferentes territorios a la espera del inevitable

⁶⁵ MURÚA, 1613, pp. 366-367.

⁶⁶ GARCILASO DE LA VEGA, 1985, p. 279.

⁶⁷ CABELLO BALBOA, 1951, p. 435.

castigo final. Este podía haber ido desde un nuevo y más severo *mitmaq* al práctico exterminio de su población. Ni siquiera el final de la guerra civil inca evitaría el oscuro destino preparado por Atahualpa para los cañaris, quedando condenados y atrapados sin posibilidad de negociar una rendición o salida que permitiese su supervivencia y continuidad. Según algunos cronistas, la venganza «*a sangre y fuego*»⁶⁸ costó unos sesenta mil muertos en dos años y medio. El impacto demográfico y psicológico de este conflicto cambió a los cañaris y su relación con los incas. Se puede aseverar que los cañaris no fueron enemigos de los incas, pero sí de la facción atahualpista, una parte concreta del Tahuantinsuyo. La victoria de Atahualpa significó de facto la condena de los cañaris y, por lo tanto, su expulsión del incanato. Pero una irrupción inesperada sacudió los Andes en aquel preciso momento, otorgando a los cañaris una oportunidad de romper la voluntad del victorioso soberano inca. Y es que, en ese momento, un grupo de misteriosos extranjeros desembarcó en la costa de Tumbes.

Un noble guerrero cañari al servicio de Francisco Pizarro

En Tumbes, Francisco Pizarro y sus hombres encontraron desde temprano el respaldo de un líder cañari que se movió presto a recibir a los extranjeros: Diego Vilchumlay. Este primer aliado inició las relaciones hispano-cañaris⁶⁹. Con Vilchumlay a su lado Francisco Pizarro comenzó su avance hacia el interior del Tahuantinsuyo. Poco después, con la captura y ejecución de Atahualpa en Caxamarca se puso de facto fin a la campaña represiva aún activa contra los cañaris. Considerando los eventos recientes, se entiende que la simpatía de estos perseguidos por Atahualpa hacia los conquistadores solo podía aumentar tras este evento. Posteriormente la expedición española se dividió. Una parte encabezada por Sebastián Bernalcázar, en compañía de Diego Vilchumlay, se encaminó a San Miguel de Piura, en el norte. Mientras tanto, otra columna hispano-andina encabezada por el propio Francisco Pizarro marchó hacia Cuzco. Es durante este camino cuando aparece por primera vez el personaje central de este texto. Chillchi Cañari o Zaraunanta Chilche que fue más conocido como don Francisco

⁶⁸ ESQUIVEL, 1980, p. 65.

⁶⁹ Su descendiente Joan Bistancela narró entre los servicios de su padre que fue el primero cañari en contactar con Francisco Pizarro en una probanza de Méritos para la Corona. OBEREM, 1987, p. 100.

Chilche⁷⁰, gracias a la práctica local de adoptar el nombre del español al que juró primera lealtad, Francisco Pizarro⁷¹.

No se conoce ningún retrato o imagen de su persona que haya sobrevivido hasta nuestros días, pero el nombre de Chilche fue traducido por Aquiles Pérez como «Nuestro», considerándolo de la etnia de los colorados⁷². Nació alrededor de 1510 y no está claro si fue en la corte cuzqueña, como parte de los *mitmaq* o centinelas allí destinados, o en la Tomebamba de Huayna Cápac. Tampoco se ha identificado a qué parcialidad del País Cañari perteneció, pero Aquiles Pérez propone que fue de la comunidad de Yula⁷³. De su juventud se conserva escasa información, pero es conocido que fue «*un indio cañari de los nobles de su nación, que cuando niño y muchacho había sido paje del gran Huayna Cápac*»⁷⁴. Su proximidad al soberano inca parece explicarse por su pertenencia a las élites cañaris. Huayna Cápac se rodeó de cañaris y chachapoyanos como guardianes y servidores, siendo siempre preferiblemente nobles los que estuviesen cerca de tan importante figura. Esta posición cercana al soberano indica que Chilche conoció bien la corte inca y las despiadadas luchas de poder que tenían lugar en ella. Además, como servidor-rehén de alto nivel era valioso para mantener influencia entre los cañaris y una garantía de su lealtad, tanto personal por su posición aislada en Cuzco como colectiva por sus parientes en el País Cañari. Las actuaciones posteriores de Chilche denotan una habilidad político-social que, al menos parcialmente, debió de adquirir durante este periodo en las esferas de poder inca. Y esto fue una de sus grandes ventajas personales en el periodo posterior.

A la muerte de Huayna Cápac siguió la tendencia de la mayoría cañari agrupada alrededor de Tomebamba por sumarse a las filas huáscaristas, donde se mantuvo hasta la derrota final. Chilche, junto con algunos otros guerreros cañaris, logró escapar al inclemente avance de Quizquiz y Chalcuchima. No se conoce cómo fue su participación en el conflicto. No se puede asegurar si estaba en Tomebamba durante el ataque de Atahualpa o se mantuvo entre las fuerzas de élite que siguieron a Huáscar desde el Cuzco. Pero sin lugar a dudas, lo que sí hizo fue observar el alto precio de la derrota pagado por sus compañeros cañaris, así como escuchar las terribles historias sobre la represión ejecutada en su tierra originaria. Sin contar que en caso de haber nacido en Tomebamba, tuvo que vivir la destrucción de

⁷⁰ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 315.

⁷¹ TRUJILLO, 1948, p. 28.

⁷² PÉREZ, 1978, p. 384.

⁷³ PÉREZ, 1978, p. 384.

⁷⁴ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 315-319.

su ciudad natal. En este momento crítico para la mayoría de los cañaris es cuando parece más probable que Chilche desarrolló el rechazo y rencor al nuevo Sapa Inca que estaba dispuesto a seguir persiguiéndolos incluso tras vencer. Es probable que también adquiriese reparos contra Huáscar por el precio pagado por los cañaris a causa de su fracaso. Las posteriores acciones de Chilche denotan una animosidad al incanato, que sin duda empezó con Atahualpa y la guerra civil.

El noble cañari conoció mientras estaba en la región central andina los eventos de Caxamarca y el avance de los ejecutores de Atahualpa hacia la capital. Durante esta marcha el reducido grupo de guerreros cañaris encabezados por él se presentó en 1534 ante Francisco Pizarro, al que prometió servir incondicionalmente. El cronista Diego de Trujillo narró la aparición del líder cañari ante los conquistadores:

«... al medio de la cuesta salió a nosotros Chilche el que al presente [1571] es cacique de Yula [Yucay], y con tres indios Cañares, y dijo qual es el capitán de los christianos y mostrándole al Gobernador [Francisco Pizarro], y el dixo, Yo te vengo a servir y no negaré a los christianos, hasta que muera, y así lo ha hecho hasta oy»⁷⁵.

Estos guerreros cañaris se unieron a la expedición a través del juramento de Chilche. Su entrada en el grupo conquistador como un aliado importante le permitió informar a sus nuevos afiliados sobre Manco Inca, quien llegó ante los españoles poco después de la comitiva cañari. La facilidad con la que se sumó Chilche a la hueste conquistadora y la confianza de Francisco Pizarro en su persona fue allanada por los contactos previos hispano-cañaris establecidos por Vilchumlay. Este momento es el comienzo de la carrera de Chilche dentro del mundo hispánico.

El cañari contaba con habilidades sociales para adquirir una alta posición que pasaba por ser capaz de establecer sólidas relaciones con sus nuevos asociados extranjeros. El inteligente Chilche pudo convertirse rápidamente en una figura cercana a Francisco Pizarro mientras la fuerza conquistadora pugnaba por llegar a Cuzco⁷⁶. Y esta relación llegó a ser conocidamente estrecha siendo, en ocasiones, señalado como guardia personal del líder conquistador⁷⁷. Este éxito al aproximarse a los españoles fue debido en parte a una marcialidad muy reputada por haber sido parte de los centinelas del soberano inca. Como guerrero cañari y guardián del Sapa Inca era lo suficientemente importante y veterano como para formar parte de la seguridad

⁷⁵ TRUJILLO, 1948, p. 28.

⁷⁶ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 315.

⁷⁷ CÁRDENAS, 2010, p. 227.

del primer líder hispánico de los Andes. Esta confianza en los cañaris para ser guardaespaldas de autoridades españolas, y que tan claramente se observa en el caso de Chilche, tuvo su continuidad en la guardia cañari de los corregidores de Cuzco o Chiara, en Huamanga.

Sobre la importancia del vínculo entre Chilche y Pizarro el inca Garcilaso de la Vega dice que *«fue criado del Marqués Don Francisco Pizarro... que yo conocí y dejé vivo [a Chilche] en el Cosco [Cuzco] cuando vine a España»*⁷⁸. Esta cercanía con Francisco Pizarro fue una victoria personal que garantizó el prestigio y autoridad que acompañan a la proximidad al poder, y que Chilche conoció desde sus tiempos junto a Huayna Cápac. Su estrategia quedó evidenciada en detalles como su cambio de nombre, ya que según Garcilaso *«por su amo [Pizarro] se llamó Don Francisco»*⁷⁹. Este gesto de respeto y lealtad hacia el jefe conquistador es, además, una temprana prueba de su intención de hispanizarse. Por otra parte, la adopción de un nombre español tiende a estar acompañado del bautismo, evidencia de que el ambicioso noble cañari no dudó en convertirse al cristianismo, un paso que facilitó mucho su proximidad a los españoles. Su cercanía al poder, primero inca y luego español, apunta una trabajada habilidad para maniobrar alrededor de figuras con autoridad, incluso cuando provinieron de dos marcos culturales tan diferentes.

Chilche exhibió una disposición e interés en ampliar la alianza con los conquistadores desde este primer encuentro, informando sobre cuestiones que conocía bien. Provieniendo de la corte cuzqueña fue la persona indicada para explicar a Francisco Pizarro quien era Manco Inca mientras este se proponía como candidato a Sapa Inca. Informó a sus nuevos aliados que Manco era un noble inca, *«hijo de Guaynava, que ha andado huyendo de los capitanes de Atabalipa»*⁸⁰. El noble cañari mostraba su utilidad al ser un profundo conocedor de las élites incas con las que había convivido durante su juventud, algo que le sirvió a su vez para ir analizando y asimilando las fórmulas, prácticas y costumbres de los españoles para establecer relaciones más sólidas.

Estando la expedición conquistadora a media legua⁸¹ del Cuzco tuvieron un encuentro con el comandante atahualpista Quizquiz y sus fuerzas. Estos salieron para cortar el avance de los extranjeros. El comandante inca se enfrentó contra los conquistadores y sus aliados indios, entre ellos los guerreros cañaris de Chilche, que lograron derrotarlo y ponerle en fuga. El

⁷⁸ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 315.

⁷⁹ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 315.

⁸⁰ TRUJILLO, 1948, p. 28.

⁸¹ Algo más de dos kilómetros.

camino al Cuzco quedó abierto. Poco después, Francisco Pizarro entró en la capital y «*se pusieron en favor de los christianos los indios Cañares y Chachapoyas, que serían hasta cincuenta indios, los unos y los otros, con Chilche, entramos en la ciudad del Cuzco*»⁸². Los cañaris se convirtieron rápidamente en uno de los pilares iniciales para sujetar la gran ciudad inca. Y Francisco Chilche, ya fuese por ser un miembro de alto rango reconocido por los *mitmaq* o por ser el líder cañari más próximo a Francisco Pizarro, fue destacando como dirigente de estas comunidades aliadas. Además, participó del viraje anti-inca que los cañari-chachapoyanos cuzqueños ejecutaron desde este temprano momento. El cañari había conseguido con rapidez ser la cabeza de estas comunidades de guerreros norteños del Cuzco, ya que también encabezó a sus asociados chachapoyanos. El Cuzco se convirtió en el hogar de Chilche para el resto de su vida, y en el escenario de su ascendente, y turbulenta, carrera en la Monarquía Hispánica.

Su papel como uno de los principales personajes que construyeron la alianza hispano-cañari, especialmente en la región central andina, fue bien conocido por sus contemporáneos. Llegó a insinuarse que la lealtad cañari al Incanato se había deshecho porque «*los negaron [a sus señores incas] después por la amistad que uno de ellos [Francisco Chilche] tuvo con los españoles*»⁸³. Obviamente, no fue el único impulsador de esta asociación entre ibéricos y andinos, ni siquiera el primero, pero su presencia e influencia en la comunidad cuzqueña fue tan evidente que discursivamente sobrepasó su naturaleza local. A ojos del Inca Garcilaso, el autor de la cita, fue el constructor de la alianza porque su poder e influencia fue tan patente que dio credibilidad y motivó esta exageración de un fenómeno local a todos los cañaris.

A nivel personal, Chilche contó con características que facilitaron su acceso a una alta posición jerárquica gracias a su relación con Francisco Pizarro. No dudó en aprovechar su reputación marcial y veteranía como un mérito ante las autoridades españolas que lo aceptaron como legítima forma de ascenso social. Antes del encuentro con Pizarro no es posible confirmar en qué batallas y enfrentamientos estuvo, pero por su proximidad a Huayna Cápac debió de participar, al menos, en las últimas campañas de conquista del Chinchaysuyo y en la guerra civil inca posterior. Sus primeras exhibiciones marciales ante los españoles fueron contra Quizquiz y la resistencia atahualpista. Pero el evento donde consolidó su reputación como guerrero y líder principal en Cuzco fue durante el asedio de 1536.

⁸² TRUJILLO, 1948, p. 28.

⁸³ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 319.

Un duelo personal como oposición a la restitución del Tahuantinsuyo

En 1536, Manco Inca, que había sido coronado como Sapa Inca por Francisco Pizarro, se alzó contra el dominio y presencia extranjera en sus posesiones⁸⁴. En aquel momento Cuzco estaba en manos de los hermanos de Pizarro, Hernando, Juan y Gonzalo, ya que el anciano conquistador se encontraba en la recién fundada Lima y Diego de Almagro, su socio, había marchado con un importante contingente hacia Chile. Manco logró escapar de sus centinelas y, con ayuda de parte de las élites incas, reunir la mayor fuerza andina a la que se enfrentaron los conquistadores. Mientras un contingente de guerreros incas, encabezado por el general Quizo Yupanqui, avanzaba hacia Lima para destruir la nueva urbe y cerrar el paso a cualquier expedición de socorro hacia el interior. Al mismo tiempo, Manco y el sumo sacerdote del culto solar, el Uillac Umo, pusieron Cuzco bajo asedio⁸⁵. Los defensores eran unos doscientos cincuenta españoles⁸⁶, no todos en condición de combatir, un número no determinado de esclavos negros y siervos centroamericanos, así como unos cuantos cientos de partidarios andinos, entre ellos algunos incas y los guerreros cañari-chachapoyanos que estaban con Francisco Chilche⁸⁷. Manco por su parte congregó a varios miles de combatientes que rodearon la urbe⁸⁸. El cronista Pedro Pizarro describió la difícil situación de forma clara:

«Era tanta la gente que aquí vino que cubrían los campos, que de día parecía un paño negro que los tenía tapados todos... de noche eran tantos fuegos, que no parecía sino un cielo muy sereno lleno de estrellas. Era tanta la gritería y vocería que había, que todos estábamos como atónitos... junta toda la gente que el Inga había enviado a juntar, que a lo que se entendió, y los indios dijeron, fueron doscientos mil indios de guerra los que vinieron a poner este cerco. Pues juntos todos, como digo, un día de mañana empezaron a poner fuego por todas partes al Cuzco, y con este fuego fueron ganando mucha parte del pueblo haciendo palizadas en las calles para que los españoles no pudiesen salir a ellos...»⁸⁹.

Este evento fue la mayor amenaza del poder inca a la consolidación de la conquista, y su éxito inicial situó a los hispánicos en una terrible posi-

⁸⁴ ANÓNIMO, 1879, p. 8.

⁸⁵ MURÚA, 2018, p. 127.

⁸⁶ VELASCO, 1998, p. 172.

⁸⁷ BETANZOS, 2004, p. 382.

⁸⁸ PIZARRO, 1917, p. 91.

⁸⁹ PIZARRO, 1917, p. 91.

ción⁹⁰. Incluso aunque que una gran cantidad de pueblos andinos se mantuvieron al margen, ya por enemistad con los incas, alianza con los españoles o desinterés sobre cuál venciese⁹¹, Manco logró aglutinar un importante número de poblaciones bajo su mando. La cultura andina vigente aún respaldaba a los incas como seres con poder místico y la victoria extranjera todavía no era indiscutible, por lo que los cuzqueños tenían opciones de recuperar su dominio. No en vano los incas habían estado cargados de «mana» que les permitió convertirse en los constructores del Tahuantinsuyo.

El primer asalto a la ciudad logró desbordar a los defensores y arrebató a los aliados cañaris y chachapoyanos la fortaleza de Sacsayhuamán⁹². El número de atacantes superó por mucho a los defensores aliados, que fueron puestos en fuga, siendo respaldados en su retroceso por varios jinetes españoles encabezados por Hernando Pizarro. Posteriormente, los guerreros de Manco avanzaron por la población arrasando las edificaciones hasta cercar a los defensores en las construcciones monumentales del centro de la misma. Los cañaris se convirtieron entonces en los principales encargados de extinguir los fuegos que amenazaban con devorar la zona de refugio⁹³. Además, participaron en los combates callejeros para destruir las empalizadas y conseguir provisiones⁹⁴.

Durante la parte más tensa del sitio, uno de los capitanes incas de Manco retó a los españoles a un duelo personal, de forma pública a gritos frente el asediado bastión de los conquistadores. Hernando Pizarro, al mando de la defensa, lo rechazó. Y es que, en caso de ser derrotado el campeón español, su reputación de combatientes temibles sería debilitada, lo que daría refuerzo moral a sus enemigos, que a su vez se traduciría en mayor agresividad al reducirse su miedo y respeto. Por otro lado, la victoria del campeón español no aportaría ningún golpe de efecto ante los asediadores, que ya los consideraban como altamente peligrosos y destructivos, manteniendo precauciones frente a ellos incluso siendo numéricamente superiores. Francisco Chilche, en aquel momento el líder cañari más cercano a los españoles, y a sus comandantes los Pizarro, dio un paso adelante y se propuso como campeón del bando hispánico. El ofrecimiento fue aceptado, ya que invertía la situación. Si el guerrero cañari caía ante el inca, los españoles no perderían reputación. Si, por el contrario, salía victorioso, los de Manco recibirían el

⁹⁰ MURÚA, 2018, p.128.

⁹¹ FLICKEMA, 1981, p. 44.

⁹² ANÓNIMO, 1879, p. 15 y VEGA, 1997, pp. 45-46.

⁹³ PARDO, 1972, p. 45 y FLICKEMA, 1981, pp. 22-23.

⁹⁴ PIZARRO, 1917, pp. 91-92.

impacto moral de que un antiguo súbdito fuese ahora capaz de derrotar a uno de sus destacados guerreros. Garcilaso narró todo el suceso detalladamente:

«... un indio capitán [de Manco], que se tenía por valiente, por animar a los suyos, quiso tentar su fortuna, a ver si le iba mejor en batalla singular... Con esta presunción pidió licencia a los superiores para ir a desafiar a un viracocha [un español], y matarse con él uno a uno; y porque vió [sic] que los españoles de a caballo peleaban con lanzas, llevó él la suya, y una hacha de armas pequeña que llaman champi, y no quiso llevar otra arma... puesto delante del cuerpo de guardia que los españoles siempre tenían en la plaza... habló a grandes voces, diciendo que si había algún Viracocha que con él osase entrar en batalla singular, saliese del escuadrón, que allí le esperaba con las armas que le veían. No hubo español que quisiese salir al desafío por parecerles poquedad y bajeza reñir y matarse con un indio solo. Entonces un indio cañari [Francisco Chilche], de los nobles de su nación... pidió licencia a Hernando Pizarro y Juan Pizarro y a Gonzalo Pizarro, hermanos de su señor, y les dijo que pues aquel atrevido venía de parte de los indios a desafiar a los Viracochas, que él quería, como criado de ellos, salir al desafío. Que les suplicaba lo permitiesen, que él esperaba en la buena dicha de ellos volver con la victoria. Hernando Pizarro y sus hermanos le agradecieron y estimaron su buen ánimo y dieron la licencia. El cañari salió con las propias armas que él otro traía, y ambos pelearon mucho espacio; llegaron tres o cuatro veces a los brazos, hasta luchar y, no pudiendo derribarse, se soltaban y tomaban las armas, volvían de nuevo a la batalla. Así anduvieron hasta que el cañari mató al otro de una lanzada que le dio por los pechos y le cortó la cabeza y, asiéndola por los cabellos, se fue a los españoles con ella, donde fue bien recibido, como su victoria lo merecía. El Inca y los suyos quedaron extrañamente escandalizados de la victoria del cañari, que si la ganara un español no la tuviera en tanto; y por ser de un indio vasallo de ellos, lo tomaron por malísimo agüero de su presención [sic]; y como ellos eran tan agoreros, desmayaron tanto con este pronóstico, que de allí adelante no hicieron [sic] en aquel cerco cosa de momento...»⁹⁵.

El campeón de Manco fue públicamente decapitado por Francisco Chilche, que conservó la cabeza como trofeo⁹⁶. Como se ha mencionado, el carácter supersticioso inca relacionaba las victorias y derrotas con el mundo sobrenatural, siendo este revés un duro golpe contra la moral de una rebelión que terminó por desgastarse. Según propuso Arana Bustamante, los incas

⁹⁵ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, pp. 315-316.

⁹⁶ DEAN, 1999, p. 181.

consideraban que los invasores tenían «mana»⁹⁷, y por ello sus victorias no eran sorprendentes, pero no contaban con que un cañari, un individuo inferior desde su perspectiva, fuese capaz de alcanzar la victoria, creando incluso dudas sobre si los españoles eran capaces de transmitir su «mana» a sus subordinados o si los incas estaban perdiendo el suyo⁹⁸. Cabe notar que el cañari luchó con lanza contra el inca, arma en la que los primeros estaban reconocidamente especializados. Además, según algunos autores, es posible que Chilche hubiese sido entrenado por los conquistadores en formas de combate españolas⁹⁹. Este duelo, además del impacto sobre la moral andina, también sirvió como declaración pública de rechazo a los incas por parte del líder cañari local. Esta animadversión a los incas había sido mostrada ya al quedarse junto a los escasos españoles en lugar de sumarse al Sapa Inca, pero con el duelo de Chilche se evidenció de forma dramática y notoria.

El duelo de Francisco Chilche y el guerrero inca fue un punto importante en la carrera del cañari. Su fama entre los conquistadores y su reputación como feroz combatiente fueron una parte básica de su escalada en las jerarquías del nuevo Perú que estaba empezando a construirse. El arriesgar su vida luchando a muerte en un momento crítico contra los que había sido sus señores era una declaración de intenciones. Su servicio al nuevo régimen durante estos críticos momentos, fueron un mérito que le acompañó el resto de su vida y que le dieron uno de los más grandes impulsos a su carrera personal.

Al golpe psicológico infringido por Chilche a los atacantes, se sumaron múltiples problemas y fracasos que se habían apoderado del campo inca tras nueve meses de asedio. La batalla por Lima fracasó¹⁰⁰, las muertes y desertiones desgastaban sus fuerzas mientras cada vez más andinos se pasaban a los defensores, así como el obvio fracaso estratégico del Sacerdote del Sol. Todos estos problemas extinguieron el último intento del incanato por renacer. Los defensores lograron ir recuperando la ciudad, incluyendo la fortaleza de Sacsayhuamán¹⁰¹. Pero no fue sin un importante costo, ya que en los enfrentamientos por la fortaleza murieron muchos aliados y algunos españoles, incluyendo a Juan Pizarro. Pero finalmente las fuerzas conquistadoras con sus cada vez más numerosos aliados, principalmente incas contrarios a Manco, cañaris y chachapoyanos, lucharon con ferocidad contra

⁹⁷ Una especie de esencia mágica o poder místico.

⁹⁸ ARANA, 2009, pp. 175-176.

⁹⁹ CÁRDENAS, 2010, p. 228.

¹⁰⁰ MURÚA, 2018, p. 133 y VEGA, 1 7, p. 66.

¹⁰¹ MURÚA, 2018, p. 130.

los defensores logrando ascender por las murallas y tomar la posición¹⁰². El poder de Manco en la ciudad se deshacía lentamente y de forma irreparable.

Finalmente, el regreso de Diego Almagro con sus fuerzas, tras fracasar en su marcha a Chile, y la noticia de la ida desde Lima de un socorro encabezado por Alonso de Alvarado terminaron el asedio. Manco y sus partidarios retrocedieron hacia Vitcos luchando contra los conquistadores y sus aliados durante el camino. Tras varios enfrentamientos consiguieron detener a sus perseguidores y escapar a Vilcabamba, zona montañosa donde estuvo el último dominio Inca independiente¹⁰³.

No hay datos específicos sobre en cuáles de estos combates posteriores al duelo participó Chilche durante la recuperación de Cuzco¹⁰⁴. Pero, de lo que no cabe duda es que el noble cañari logró mejorar su reputación tras el asedio del Cuzco. Su rechazo a Manco Inca fue una directa negación de la restauración del imperio Inca. Con este gesto encabezado por él los cañaris se convirtieron en abiertos defensores del régimen español frente al incanato. La privilegiada relación hispano-cañari en la región de Cuzco se cimentó en gran parte en esta oposición frente al inca. A nivel personal, Francisco Chilche consiguió destacar como un consumado guerrero, leal tanto a la figura de Francisco Pizarro como a la causa hispánica en los Andes. Las recompensas a sus servicios estaban a punto de comenzar a llegar.

El cacique del Valle Sagrado del Inca

Después del fracaso de Manco, Chilche recibió la primera recompensa de las manos del propio Francisco Pizarro. Fue nombrado cacique del valle sagrado del Inca o Valle del Yucay, el cual «*es regaladísimo y fertilísimo de todas las frutas de castilla, donde se dan los duraznos, peras y manzanas en tanta multitu [sic], que se pudieran cargar flotas de ellas*»¹⁰⁵. También era el lugar del que provenía un importante recurso; la leña que se consumía en el Cuzco, ya que no había otra fuente importante de esta en los alrededores de la ciudad. Los españoles impusieron a su férreo aliado cañari sobre los tradicionales derechos de los incas orejones cuzqueños. Y no sobre cualquier noble inca, ya que el valle había estado en propiedad de la poderosa *panaka* de Huayna Cápac. El opulento Yucay quedó en manos de

¹⁰² MURÚA, 1613, pp. 447-448.

¹⁰³ ANÓNIMO, 1879, p. 183-187, FLICKEMA, 1981, pp. 27-29, MURÚA, 2018, p. 130-140, y PIZARRO, 1917, pp. 105-110,

¹⁰⁴ PIZARRO, 1917, pp. 91-92.

¹⁰⁵ MURÚA, 1613, pp. 1139-1140.

los Pizarro como encomienda desde 1539 y estos mantuvieron una posición privilegiada en él hasta al menos la década de 1570¹⁰⁶. Pizarro retiró como administrador al noble inca Hualpa Topa para imponer al líder cañari, que en ausencia de Pizarro, trataba con su mayordomo¹⁰⁷ Diego de Gumiel¹⁰⁸. El valle siguió funcionando de modo similar a la época inca durante estas primeras décadas¹⁰⁹, siendo siempre una región codiciada por las élites cuzqueñas de todo origen.

El nuevo cacique del Yucay se apropió de esta manera de gran parte de las tierras del valle sagrado de los incas que puso a producir en su beneficio¹¹⁰. A este punto, Francisco Chilche se encontraba entre los andinos más poderosos del Cuzco. Chilche, su esposa y dos de sus hijos, Hernando Guartanaula y Juan Bautista¹¹¹, controlaron unos ciento sesenta y cinco grupos de servidores o yanaconas, principalmente de origen cañari, chanca, collagua, pasto y cana¹¹². La esposa de Chilche contaba con un servicio propio, siendo algunos de estos servidores identificables, como Costanza Malqui, quien llegó a superar los ochenta años y sirvió como china o servidora doméstica del sequito del cacique¹¹³.

No tardó en crear sus propias redes clientelares entre los ayllus del valle, asegurando su poder e influencia sobre los caciques subordinados. Según el testimonio del andino Sebastián Tenazcla, Chilche liberó a treinta cañaris del tributo obligatorio para un repartimiento, cargando con él en sustitución a los tributarios de origen atunlunas, aunque para evitar que estos se soliviasen demasiado por esto, los cañaris colaboraban en algunas de las tareas para que lo reuniesen más fácilmente¹¹⁴. Estas redes se sostenían gracias a su facultad para beneficiar individuos. Así, Chilche los liberaba del tributo a cambio de servicios para él, entregándoles además parcelas o dándoles protección. Muchos de estos subordinados le ofrecieron mujeres, recurriendo a la tradicional fórmula del enlace consanguíneo con el influ-

¹⁰⁶ WACHTEL, 1971, p. 173.

¹⁰⁷ El mayordomo fue una figura de alta relevancia en la sociedad perulera vinculada con los encomenderos. LOCKHART, 1982 pp. 20-46.

¹⁰⁸ WHACHTEL, 1971, p., 173.

¹⁰⁹ COVEY y ELSON, 2007, pp. 307-308.

¹¹⁰ VARÓN, 1997, p. 236.

¹¹¹ Además de estos hijos conocidos, tuvo otros descendientes. Entre ellos Alonso Marca Gualpa, que contrajo matrimonio con María Zuchuc, posiblemente una cañari, teniendo al menos tres descendientes más, Francisca Toro Gualpa, Francisco Chilquechuc y Gonzalo Marca. COVEY y ELSON, 2007, p. 317.

¹¹² COVEY y ELSON, 2007, pp. 314-315. Otros autores propusieron que llegó a tener influencia sobre entre, 17 y 21 ayllus. CARDENAS, 2010, p. 233.

¹¹³ COVEY y ELSON, 2007, p. 321.

¹¹⁴ WACHTEL, 1971, pp. 170-175.

yente cañari. Una práctica matrimonial ilegal en el régimen católico, por lo que es probable que se camuflase bajo concubinatos, que no era algo bien visto, pero podía ser tolerado más fácilmente. Además, es difícil que esta diferencia en las relaciones tan importante para los españoles afectase a los andinos en estas primeras décadas de conquista.

El poderoso cacique cañari del Yucay reclutó unos ochenta servidores atados directamente a su persona. Este fue su máximo en términos de servidores personales antes de que fuesen reducidos a treinta y cuatro en 1572 por acción de los visitadores Damián de la Bandera y fray Pedro Gutiérrez Flores¹¹⁵. Pero esta cuestión corresponde a más adelante en el tiempo. El influjo de Chilche fue considerable en el Valle, usándolo como plataforma para mejorar su capacidad económica, sus relaciones sociales y su influencia en esta zona tradicionalmente inca.

Pero no hay que olvidar que Chilche no fue el único cañari con un gran número de servidores en el valle, ya que, al menos, otro llamado Alonso Ucusiche, contó con unos veinte yanaconas. Un número importante pero notablemente inferior al poderoso cacique vinculado con Francisco Pizarro. Sin embargo, en la década de 1540 su anciano valedor falleció y la influencia de los Pizarro en general disminuyó. Así que, con estas nuevas condiciones en el Perú, tras diversas quejas, denuncias y presiones de incas y españoles recién llegados, el poderoso cañari fue obligado a entregar en 1550 parte del valle a García Quisipicapi, heredero del anterior señor local. Aunque retuvo la titulación de cacique de los «*mitimaes e advenedizos*»¹¹⁶ y gran parte de su influencia en él¹¹⁷. Por su parte, el noble inca fue reconocido por las autoridades como cacique de los naturales del valle. García Quisipicapi logró obtener diversos yanaconas reclutados en la región, algunos de forma ilegítima y, tras el recorte que también le aplicaron los dos visitadores en 1572, elevó una petición, como lo hizo Chilche, para su restitución. Ambos murieron antes de la resolución del pleito, que en consecuencia quedó sin finalizar¹¹⁸.

Cuando murió Francisco Pizarro en 1541, sus descendientes, algunos incas por parte de madre, heredaron el Valle, pero esto no afectó a Francisco Chilche, que continuó en su posición de administrador mismo. Pero la situación estaba cambiando a inicios de la década de 1550, tras reclamar el presidente Pedro de la Gasca del Valle para la Corona. Y es que la derrota del rebelde Gonzalo Pizarro en 1548 y el exilio de los principales miembros

¹¹⁵ WACHTEL, 1971, pp. 189-190 y 203-204.

¹¹⁶ WACHTEL, 1971, pp. 170-175.

¹¹⁷ ARANA, 2009, pp. 177-178.

¹¹⁸ WACHTEL, 1971, pp. 203-204.

de la familia Pizarro a España¹¹⁹ implicaron un cambio en la forma de funcionar del Perú que afectó directamente al poderoso líder cañari que tanto se había vinculado con ellos. La lenta reorganización del territorio modificó el sistema para adaptarlo al nuevo modo de explotación impuesto por la administración. La nueva forma territorial, que estaba pensada para adaptar la región a los nuevos modelos de explotación, implicó una mayor fragmentación del Valle del Yucay¹²⁰. El rico Yucay se convirtió en una región por la que se enfrentaron nuevamente las élites incas, cañaris¹²¹ y españolas¹²². Sin la figura de su antiguo valedor, Chilche perdió una de sus ventajas, pero resistió y limitó la erosión de su poder durante el periodo de La Gasca. El cañari se consideraba más que un servidor de los Pizarro. Era un leal miembro del régimen hispánico, y no pensaba permitir que esto se olvidase. Si bien, antes tendría que afrontar dificultades más urgentes.

La rebelión de Hernández Girón y el incidente del «Corpus Christi»

Nada preciso se conoce sobre la actuación de Francisco Chilche durante las tres guerras civiles que sacudieron el Perú desde 1541 a 1548. Su vínculo con los Pizarro permite suponer que estuvo entre los cañaris que respaldaron a los pizarristas durante las guerras contra Diego Almagro y Diego de Almagro *el mozo*. Más difícil es precisar lo ocurrido en la rebelión de Gonzalo Pizarro, que tuvo gran parte de su acción lejos del Cuzco. Sin embargo, sus acciones durante el alzamiento de Francisco Hernández Girón pueden servir para entender qué estrategia usó para afrontar los conflictos entre sus aliados españoles. Hernández Girón era un miembro del bando realista que se opuso a Gonzalo Pizarro y quedó descontento con las recompensas recibidas, además de estar disgustado con la abolición del servicio indio en 1551. El presidente La Gasca reunió a los descontentos y los envió a una expedición de conquista a los Chunchos para alejarlos de la región. Pero la fuerza de conquista se convirtió en una rebelde encabezada por Hernández de Girón que en 1553 tomó control de la región de Cuzco. La rebe-

¹¹⁹ COVEY y ELSON, 2007, pp. 308-310.

¹²⁰ COVEY y ELSON, 2007, pp. 308-310.

¹²¹ Otros caciques y principales cañaris cuzqueños contaron con importantes ayllus bajo su autoridad, como «*Quino, Apochuco, Paucar, Illaracana, Condemayta, Atanuche, Cuchillo, Cochacne, Ucha, Atachuni, Toma, Chico y Yubilla*». CÁRDENAS, 2010, p. 233.

¹²² COVEY y ELSON, 2007, p. 309. Algunos de los españoles más destacados del Cuzco, como García de Loyola, fueron encomenderos de repartimientos en el Yucay. Loyola alcanzó este puesto por su matrimonio con la hija del Inca Sayri, auténtica señora de aquellas ricas tierras. ROMERO, 1898, pp. 74-75.

lión de Hernández Girón logró algunas victorias antes de ser expulsado del Cuzco y posteriormente derrotado en la batalla de Pucará, poniendo fin al alzamiento con su ejecución. Pero ¿cuál fue la actuación del cacique cañari del Yucay durante el conflicto?

Según narró Garcilaso de la Vega, los cañaris bajo el mando de Francisco Chilche no dudaron en colaborar con el rebelde que se había hecho con el control de la ciudad andina:

«... aún en las guerras civiles que los españoles tuvieron unos con otros, hasta la de Francisco Hernández Girón, los cañaris que vivían en el Cozco (debajo del mando de este Don Francisco Cañari), que eran muchos y servían de espías dobles y atalayas a los del bando del Rey y a los del tirano, dividiéndose con astucia en dos partes, los unos con el rey y los otros con el traidor; para que cuando la guerra se acabase, los cañaris del bando vencido se guareciesen de la muerte a la sombra del bando vencedor, diciendo que todos habían sido de él... como no trataban ellos [los cañaris] con los españoles para tomar ni dar recaudos, sino los superiores, los demás no eran conocidos, y así pasaban todos por leales habiendo sido muy grandes traidores, porque los unos y los otros (como parientes) se descubrían, y avisaban de lo que pasaba en el un ejército y en el otro»¹²³.

Garcilaso acusó a los cañaris dirigidos por Francisco Chilche de doble juego durante las guerras civiles. Dictó que se aprovecharon el anonimato e incapacidad para reconocer a la mayoría de individuos cañaris por parte de los españoles para garantizarse una posición junto al vencedor. Garcilaso conoció el artificio porque *«se la oí después de la guerra de Francisco Hernández a uno de los cañaris, que la dijo a otro indio que le preguntó cómo se habían escapado los que habían andado con el tirano»¹²⁴*. Podría argumentarse que Garcilaso estaba siendo crítico con ellos por sus simpatías hacia los incas, pero lo cierto es que Francisco Hernández Girón consiguió algunas de sus victorias gracias a la colaboración de los cañaris de Chilche. Diego Fernández en su crónica del Perú escribió que los realistas se encontraron con *«ciertos Indios Cañares... Los cuales venían descubriendo con algunos corredores de Francisco Hernández»¹²⁵*. Gracias a estos exploradores cañaris los de Girón lograron capturar a Lope Martín, uno de los primeros conquistadores y abierto realista, que terminó con su cabeza clavada en una pica. Según cuenta Garcilaso *«Estando así atentos acertó un*

¹²³ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, pp. 319-320.

¹²⁴ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 320.

¹²⁵ FERNÁNDEZ, 1571, p. 77.

indio Cañari de los de Francisco Hernández a ver a Lope Martín y sus tres compañeros; y dio aviso de ello a los suyos»¹²⁶.

En respuesta al alzamiento se formó un frente hispano-andino, con diversos participantes. Entre los aliados andinos se encontraban los cañaris y chachapoyanos de Chiara, quienes en 1554 se sumaron a las fuerzas reales encabezados por los corregidores de Huamanga¹²⁷. No hay mención sobre si Girón contó con respaldo cañari, o andino en general, durante los últimos enfrentamientos tras su salida del Cuzco. Pero los realistas sí contaron con ellos. Los capitanes Miguel de la Serna y Juan Tello le persiguieron hasta la región de Xauxa, donde fue localizado gracias a informadores indios y terminó dándose su batalla final. Los realistas contaban con «*hasta quarenta Indios Cañares: con sus lanças*»¹²⁸, enviados por un cacique llamado Jutasse. Según Diego de Esquivel, «*[al] ejército real... se le juntó en Vilcacona un capitán indio, de nación cañari, con cincuenta de los suyos en servicio de su Majestad*»¹²⁹. La derrota del rebelde se logró con respaldo de los cañaris de este Jutasse.

Y esta presencia en el bando realista es el punto clave para entender el procedimiento de los cañaris. Como Cuzco fue el epicentro de la rebelión se puede suponer que el respaldo de Chilche a Hernández Girón respondería a su posición y no a un interés real en la causa rebelde. Tanto él como su comunidad fueron involucrados en el conflicto sin tener un objetivo propio en el mismo. Contando con la colaboración de los cañaris vencedores y explotando la disposición de los líderes cañaris para mantener monopolizadas las relaciones con las autoridades españolas, Francisco Chilche opacó su presencia junto al rebelde. Y se puede asegurar que fue exitosa esta estrategia, ya que no hubo castigo o degradación directa del líder cañari del Cuzco.

Pero si bien no recibió una sanción directa, es probable que, aunque fuese cubierta su actuación con ayuda de sus compatriotas de Chiara, alimentase de forma indirecta el desgaste de poder de Chilche en el Yucay durante esos años centrales del siglo. Pero Francisco Chilche no admitió pasivamente que se le arrebatasen sus propiedades y logros. En 1555, durante la importante celebración del *Corpus Christi*, el cañari actuó provocando un gran impacto en sociedad cuzqueña que presencié su reclamación pública. Garcilaso describió la celebración de 1555, e indicó la participación de los cañaris, «*que aunque la provincia de ellos está fuera del distrito de aquella ciudad, van con sus andas en cuadrilla de por sí, porque hay muchos indios de aquella nación que viven en ella, y el caudillo de ellos era entonces*

¹²⁶ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, pp. 1191-1195.

¹²⁷ ESPINOZA, 1999, p. 305.

¹²⁸ FERNÁNDEZ, 1571, p. 116.

¹²⁹ ESQUIVEL, 1980, p. 173.

*don Francisco Chillchi*¹³⁰. La prestigiosa comunidad cañari cuzqueña, no casualmente indicada como de origen foráneo, llegaba a la importante celebración del mundo hispánico encabezada por el poderoso cacique del Yucay.

El cacique del Yucay se presentó ante las autoridades reales cubierto con las manos ocultas en una manta «*sin ornamento de seda ni oro, más de que iba pintada de diversos colores, y en los cuatro lienzos del chapitel llevaba pintadas cuatro batallas de indios y españoles*»¹³¹. Estas batallas retratadas eran algunas en las que los guerreros cañaris y el propio Chilche habían respaldado a los españoles, algo que el propio noble andino explicó en voz alta de la siguiente manera: «*Estas cuatro pinturas de mis andas son cuatro batallas de indios y españoles, en las cuales me hallé en servicio de ellos. Y no es mucho que tal día como hoy me honre yo con la hazaña que hice en servicio de los cristianos*»¹³². No fue registrado cuáles fueron las contiendas bordadas en la reivindicativa prenda. Sin dudas el asedio de 1536, uno de los eventos cumbre en la vida guerrera de Chilche, debió de ocupar al menos una de aquellas imágenes. Sobre las otras solo se puede especular, siendo probable que recurriese a alguna de las escaramuzas con Quizquiz antes de llegar a Cuzco en 1534. Algún enfrentamiento contra Vilcabamba, el bastión inca que aún resistía el poder español, también es una adecuada propuesta, puesto que en la década de los cincuenta la sombra del dominio inca se extendía por la región, por lo que sería un recurso útil.

La lógica a la que estaba apelando Francisco Chilche era coherente con el contexto hispánico. De hecho, no fue un recurso exclusivo de los cañaris. La representación visual de los servicios prestados fue usada por otros aliados indios en diferentes regiones para reforzar su posición en el régimen hispánico. Algunos casos que ejemplifican la presencia de esta estrategia fueron los tlaxcaltecas, quienes presentaron el lienzo de Tlaxcala, los Quauhquechollan¹³³ con su lienzo sobre la conquista de Guatemala¹³⁴ o el de *Analco*¹³⁵ sobre la conquista de zapotecos y mixes. La representación visual siempre tuvo importancia, y si bien parece que fue más común en la

¹³⁰ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, pp. 1297-1298.

¹³¹ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, pp. 1297-1298.

¹³² GARCILASO DE LA VEGA, 2016, pp. 1297-1298.

¹³³ Pueblo náhuatl que se alió con Hernán Cortés y participaron en las conquistas posteriores. Fueron enemigos de la Triple Alianza Mexica. Se puede encontrar una reproducción del mismo editado por Luis Manuel Vázquez Morales en www.texcocoeneltiempo.org/wp-content/uploads/2021/02/Lienzo-de-Tlaxcala-2019.pdf (consultada en el 09/2022).

¹³⁴ Esta pintura indígena de inicios del siglo XVI narra la campaña Alvarado durante la conquista de Guatemala, mostrando el papel de los aliados en la misma. Actualmente, se encuentra en el Museo Casa de Alfeñique, Puebla, México.

¹³⁵ En la Biblioteca del Museo Nacional de Antropología de México.

zona mesoamericana, los cañaris recurrieron a ella de forma adaptada a su tradición¹³⁶. El cacique del Yucay prosiguió su discurso frente a las autoridades del cabildo:

«... donde estaba Garcilaso de la Vega, mi señor [padre], que era Corregidor... desechó el indio cañari la manta que llevaba en lugar de capa, y uno de los suyos se la tomó de los hombros, y él quedó en cuerpo con otra manta ceñida (como hemos dicho que se la ciñen cuando quieren pelear o hacer cualquier otra cosa de importancia); llevaba en la mano derecha una cabeza de indio contrahecha asida por los cabellos Apenas la hubieron visto los Incas, cuando cuatro o cinco de ellos arremetieron con el cañari y lo levantaron alto del suelo para dar con él de cabeza en tierra». ... «[Cuando el licenciado Monjaraz los separó y demandó que se explicasen, el más anciano de los incas respondió] Este perro auca, en lugar de solemnizar la fiesta, viene con esta caveza [sic] a recordar cosas pasadas que estaban muy bien olvidadas» ... «[Don Francisco Chilche replicó] señor, yo corté esta cabeza a un indio que desafió a los españoles que estaban cercados en esta plaza con Hernando Pizarro, y Gonzalo Pizarro, y Juan Pizarro, mis señores, y mis amos, y otros doscientos españoles. Y ninguno de ellos quiso salir al desafío del indio, por parecerles antes infamia que honra pelear con un indio, uno a uno. Entonces yo les pedí licencia para salir al duelo, y me la dieron los cristianos, y así salí y combatí con el desafiador, y le vencí y corté la cabeza en esta plaza. Diciendo esto, señaló con el dedo el lugar donde había sido la batalla»¹³⁷.

La visceral reacción inca prueba que el cañari acertó en su insultante ataque. El recuerdo de su derrota y que un antiguo siervo de su imperio les hubiera infligido una dolorosa humillación pública encendió los ánimos incas. Chilche buscó reforzar la posición cañari en general, pero la suya propia en especial, y por ello mostró la *tzantza*¹³⁸ del guerrero caído. Si esta cabeza era la misma que había sido cortada en 1536, denotaría que el cañari conocía la forma de reducir y conservar una cabeza humana típicamente identificada con sus amazónicos vecinos, y enemigos, xívaros¹³⁹.

Recurrió a su prestigio personal y el recuerdo de su celebrado duelo, un valor discursivo al que apeló sin titubeos. El duelo estaba siendo proyectado como un servicio que el noble cañari pretendía capitalizar para frenar su desgaste a manos especialmente de las élites incas hispanizadas. La so-

¹³⁶ Se han encontrado evidencias arqueológicas que indicarían un elevado nivel técnico a la hora de elaborar textiles de alta calidad y con diversos componentes como plumas o pedrería entre los cañaris desde tiempos prehispánicos. GARZÓN, 2010, p. 92.

¹³⁷ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 1298-1299.

¹³⁸ Una cabeza reducida.

¹³⁹ FARON, 2001, pp. 103-104.

ciudad española del siglo XVI e inicios del XVII consideraba el duelo como un elemento vinculado con el honor, presente en los reinos europeos e indios, y alcanzó tanta importancia como para ser teorizado buscando tecnificar estos enfrentamientos personales¹⁴⁰. El valor del duelo como forma de combate honorable lo convierte en un elemento capitalizable en las negociaciones y que reforzaba la reputación personal. Sin embargo, sus rivales respondieron al ataque verbal con dureza y orgullo:

«Perro traidor, ¿hiciste tú esa hazaña con fuerzas tuyas, sino en virtud de este señor Pachacámac que aquí tenemos presente, y en la buena dicha de los españoles? ¿no sabes que tú y todo tu linaje érades [sic] nuestros esclavos, y que no hubiste esa victoria por tus fuerzas y valentía, sino por la que he dicho? Y si lo quieres experimentar ahora que todos somos cristianos, vuélvete a poner en esa plaza con tus armas y te enviaremos un criado, el menor de los nuestros, y te hará a ti y a todos los tuyos» ... «¿Fuera bien hecho, que para honrarnos con ellas sacáramos en esta fiesta las cabezas de todos ellos [los españoles muertos durante la rebelión de Manco], y la de Juan Pizarro que matamos allá arriba en aquella fortaleza? ¿No fuera bien que miraras todas estas cosas y otras muchas que pudiera yo decir; para que tú no hicieras un escándalo, disparate y locura como has hecho?»¹⁴¹.

La manifestación del poderío de los incas en este incidente fue, como mínimo, espectacular. No solamente despreciaron y llamaron esclavo al poderoso cacique del Yucay y a sus guerreros cañaris, que estaban vinculados con la justicia real en la ciudad, sino que además recordaron como habían matado españoles y menospreciaron la victoria del cañari, alegando que provino de su alianza con los cristianos y no de su mérito personal. Los incas hispánicos no estaban actuando de forma imprudente, sino mostrando su poder e influencia en su región originaria. Este fue, en parte, una consecuencia directa de la presencia de Vilcabamba y de la necesidad de las autoridades de retener como partidarios a los poderosos incas locales. Su utilidad en el entramado de dominación hispánica no era desconocida para ellos, como se percibe en este incidente. Finalmente, los incas exigieron a las autoridades que *«hágase justicia como se debe hacer para que no seamos baldonados de los que fueron nuestros esclavos»¹⁴².*

El Licenciado Monjaraz le retiró la cabeza reducida a Francisco Chilche y le mandó deshacer su demandante vestimenta. También se le prohibió volver a tratar el asunto bajo pena de castigo. El soberbio Francisco Chilche

¹⁴⁰ VALLE, 2016, pp. 324-353.

¹⁴¹ GARCILASO DE LA VEGA, 2016, pp. 1297-1300.

¹⁴² GARCILASO DE LA VEGA, 2016, pp. 1299-1300.

y sus cañaris se marcharon siendo abucheados por otros andinos de la multitud bajo la palabra *auco* o *auca*. De manera oficial, Francisco Chilche había sido reprendido, pero su posición era tan sólida como para que este evento público y notorio no le costase un alto precio.

Este incidente y la intención final de Chilche ha dado lugar a diversas propuestas de historiadores sobre este importante evento público del Cuzco en la época. Según Arana Bustamante, Francisco Chilche no se dirigió con su gesto a los incas o andinos, sino a los españoles, si bien la ofensa a sus rivales pudo ser una intención secundaria¹⁴³. La intención era recordar a las autoridades su papel como aliado y su fidelidad a la causa conquistadora, frenando así el alzamiento de la nobleza inca sobre los cañaris.

Otra propuesta interesante que se relaciona con este incidente es la de Hernán Crespo Toral, que vinculó este suceso con la serie pictórica de la parroquia de Santa Ana que fue encargada a finales del siglo XVII, considerada la única imagen que queda actualmente de los cañaris del periodo. El autor propuso que una de las figuras borradas prácticamente en su totalidad de la pintura¹⁴⁴, sería el propio Francisco Chilche con la cabeza o *tzantza*¹⁴⁵ del guerrero inca. El motivo respondería a lo desagradable que les pareció a las élites incas, las cuales fueron aumentando su poder en Cuzco con el paso de los años¹⁴⁶, logrando eliminar parte de la memoria de su viejo, e irrespetuoso, rival. Esto indicaría un poder por parte de los incas capaz de imponer, al menos parcialmente, una *damnatio memoriae*, así como que, al menos hasta el siglo XVII, Francisco Chilche habría sido reivindicado por la comunidad cañari-chachapoyana cuzqueña de forma pública.

Este incidente del *Corpus Christi* fue retenido al menos parcialmente en la mente de los cuzqueños, si bien su interpretación fue cambiando y llegó a perder cualquier consideración sobre su naturaleza reivindicativa. El cronista de Cuzco del siglo XVIII, Diego de Esquivel y Navia recordaba aún en su obra sobre el Cuzco como el «*Jueves 6 de Junio de 1555... [ocurrió] un alboroto entre los indios nobles y aquel cañari que mostró una cabeza contrahecha en memoria de la que cortó a un indio capitán que había salido a desafiar a los españoles en la guerra de Manco Inca*»¹⁴⁷. El duelo y el incidente continuaban vivos en la memoria siglos después, aunque el cronista olvidase el nombre propio del protagonista.

¹⁴³ ARANA, 2009, pp. 181-182.

¹⁴⁴ La otra figura tiene restaurada una cabeza definida como «cara de niño» [yelmo de Plata].

¹⁴⁵ Ambos autores identificaron como una *Tzantza* el trofeo de Chilche. CRESPO TORAL, 2003, p. 285 y ARANA, 2009, p. 179.

¹⁴⁶ CRESPO TORAL, 2003, pp. 285-289.

¹⁴⁷ ESQUIVEL, 1980, p. 178.



Detalle de la participación cañari en el *Corpus Christi* de Cuzco.
Serie del *Corpus Christi* del Museo del Arzobispado de Cuzco (1674-1680).
Fuente, imagen tomada de: cervantesvirtual.com/portales/juan_del_valle_y_caviedes/imagenes/iconografia/iconografia_04_arte_festivo_en_lima_virreinal_1670_corpus_christi_cuzco_caviedes/

Sin embargo, el poderoso cañari no recibió mayor reprimenda tras el incidente de 1555 que el desplante público y la retirada de su *tzantza* y ropaje. Y aunque su poder sobre el valle se había reducido, seguía controlando la región como administrador con dominios propios. En 1559, ante la necesidad de la leña del Yucay el cabildo le nombró encargado de replantar y cuidar la quebrada de Chian, una importante zona maderera. El cacique cañari aceptó cumplir con esta importante función, si bien quedaba fuera de esta obligación el Calispuqui, un terreno que era «*suyo y de sus indios*»¹⁴⁸. Una propiedad nueva entregada como pago por estos servicios a las autoridades. Además, el cabildo de Cuzco le concedió también que cobrase de la iglesia y de Juan de la Plaza y «*de los demás que están obligados a plantar*»¹⁴⁹. Los detalles del acuerdo muestran que fue beneficioso para el cacique cañari:

«... el dicho don Francisco y sus herederos y sucesores hayan su tercia parte, comunicando al aprovechamiento con sus indios, en nombre de los cuales e suyo se hace este contrato, y que se obliga que siempre tendrá cuidado de plantar y replantar y limpiar la dicha quebrada»¹⁵⁰.

El propio Chilche salió «*contento de ello*»¹⁵¹ y firmó el contrato. Este tipo de recompensas en forma de pago a servicios evidencia que las autoridades españolas estaban en buenos términos con el poderoso cañari. Los enfrentamientos por mantener su poder eran intensos, pero el noble cañari no dejó nunca de luchar. Y si bien es cierto que tras las guerras civiles su posición estaba cambiando, esto no significó su caída. Todo lo contrario, ya que con ayuda de su característica habilidad social el cañari estaba en condiciones de frenar y revertir gran parte de lo ocurrido. Y su ascenso dentro de la sociedad hispano-cuzqueña estaba comenzando a reactivarse después de la célebre reclamación pública del *Corpus Christi* de 1555.

La alcaldía de Santa Ana y un soberano asesinado

El poder de Francisco Chilche estaba ya institucionalizado por su título de cacique, una figura perteneciente a la administración real. Además, los cañaris cuzqueños de Chilche estaban parcialmente integrados en las estructuras institucionales reales del Cuzco español, especialmente vinculados con la justicia. Pero el noble cañari estaba interesado en conseguir

¹⁴⁸ GONZÁLEZ, 1977, pp. 231-232.

¹⁴⁹ GONZÁLEZ, 1977, pp. 231-232.

¹⁵⁰ GONZÁLEZ, 1977, pp. 231-232.

¹⁵¹ GONZÁLEZ, 1977, pp. 231-232.

más poder e influencia, algo que logró cuando fue nombrado primer alcalde oficial de la poderosa parroquia de Santa Ana en febrero de 1560. Según las actas del cabildo de la ciudad:

«... don Francisco Chilche, Cacique de Yucay, para [ser alcalde] la parroquia de Nuestra señora de Santa Ana, para que entienda entre los indios en los pleitos y mudanzas de los indios.... como en las demás parroquias, y se le dió comisión para lo usar y ejercer debajo de lo que se ordenare y proveyere y mandare por el cabildo que haga... y juró [Francisco Chilche] de lo usar bien y aceptolo y diósele la vara... Diéronle por alguaciles a don Juan Cañar y a Pedro Miguel... los señores de cabildo que de yuso firmaron sus nombres, dijeron que aprobando y ratificando el nombramiento de alcalde de esta parroquia que tiene hecho don Francisco Chilche... conforme a la provisión que para ello envió el señor visorrey [el virrey Andrés Hurtado de Mendoza].... y le dan comisión para que use del dicho cargo de alcalde, que ocurra de hoy en adelante, como se ha usado y recibido...»¹⁵².

Mediante este puesto, el cañari fue confirmado como la cabeza oficial de la poderosa comunidad cañari-chachapoya que se agrupaba en esa parroquia, una de las ocho en las que se dividió la ciudad¹⁵³. La parroquia de Santa Ana correspondió al barrio Carmenga o Qarmenqa, situada en el acceso del camino de Lima, siendo la primera imagen urbana que observaban las autoridades reales en su entrada. Era un terreno considerado como propiedad nativa¹⁵⁴. Los ayllus de Santa Ana, que llegó a ser nombrada en algunos documentos como «*parroquia de los Cañares*»¹⁵⁵, fueron el ayllu chachapoyano y el ayllu de los yanacona, que era el de los cañaris.

Esta comunidad cañari-chachapoyana asistía a las autoridades del Cuzco y estaban libres de tributo y mita¹⁵⁶. De esta parroquia salieron los centinelas de diversos puestos importantes¹⁵⁷, así como parte del brazo armado de la justicia¹⁵⁸. La figura del corregidor reclutaba entre ellos a sus escoltas y mensajeros¹⁵⁹. Además, participaban en otras diversas funciones en la ciudad¹⁶⁰. Esta potente comunidad agrupada en la parroquia de Santa Ana quedó con Francisco Chilche como alcalde con los atributos clásicos

¹⁵² GONZÁLEZ, 1977, pp. 275 y 311-312.

¹⁵³ HERRERA Y TORDESILLAS, 1728, p. 43.

¹⁵⁴ DEAN, 1999, p. 80.

¹⁵⁵ DEAN, 1999, p. 196.

¹⁵⁶ BORJA, 1859, p. 93, CALANCHA et al 1638, p. 40, DECOSTER Y NAJARRO, 2016, p. 94, GUAMA, 1993, pp. 703 y 807 y ROMERO, 1898, pp. 357-363.

¹⁵⁷ LEVILLIER, 1924, p. 416 y 434 y ROMERO, 1898, pp. 357-363.

¹⁵⁸ ROMERO, 1898, pp. 110-112.

¹⁵⁹ LEVILLIER, 1924, p. 119 y LEVILLIER, 1925, p. 107.

¹⁶⁰ LEVILLIER, 1925, p. 108.

del poder urbano español, como la vara y los dos alguaciles¹⁶¹. Esto lo convirtió en un agente oficial del sistema hispánico, con responsabilidad y posición respaldadas por la legalidad del mismo. Con este nombramiento ya no solamente era un miembro significativo de las élites locales andinas, sino que también lo fue de los cuadros burocráticos del gobierno cuzqueño. Un aumento de poder e influencia nada despreciable.

Sin embargo, los enfrentamientos entre el poderoso alcalde cañari y sus rivales de las élites incas continuaron. El cacique del Yucay fue acusado abiertamente de estar detrás de la muerte hacia 1561 del Sapa Inca de Vilcabamba que se entregó a las autoridades españolas, Sayri Topa. Gracias a la presencia del Inca vilcabambino en Cuzco los enfrentamientos con los resistentes incas estaban en mínimos, habiendo sido todo un éxito diplomático de las autoridades españolas su traslado desde el bastión rebelde a la ciudad. Pero según algunos cronistas, esto no frenó la ambición personal del cañari:

«El Don Francisco Cañari quedó tan favorecido y tan soberbio, que se atrevió, años después, a matar con tósigo [un veneno], según fama pública a Don Felipe Inca [Sayri Topa], hijo de Huayna Cápac... Confirmóse la fama, porque poco después casó con la mujer del Don Felipe, que era muy hermosa, y la hubo más por fuerza que de grado, con amenazas y no ruegos, que los aficionados del Cañari le hicieron con mucho agravio y queja de los Incas»...»... se tuvo sospecha que le había dado veneno el cacique de Yucay, llamado don Francisco Chilche, el cual, por esta sospecha, estuvo preso un año, y no se probó nada contra él»¹⁶².

Fuese esto cierto o una simple difamación, tampoco logró debilitar de forma notable al cacique cañari. Tras cerca de un año en prisión fue declarado inocente y prosiguió como un destacado miembro en la ciudad. Pero la simple acusación de asesinar a un inca de tanta importancia para los planes sobre Vilcabamba fue una cuestión de gran gravedad, aunque terminase en nada. Para algunos, la auténtica mano tras este asesinato fueron los españoles, que en todo caso habrían usado a Chilche como ejecutor, aunque no se expone un móvil coherente para el crimen.

Pero lo que levantó las sospechas de los andinos fue que poderoso cañari tomó en matrimonio a Inés Colla, una de las concubinas del fallecido Sayri Topa. A esta mujer de la élite inca, Francisco Chilche no solamente la habría seleccionado por su famosa belleza, sino porque también era un refuerzo a su reputación entre los grupos andinos cuzqueños. Al poco de salir de prisión se casó con ella, según algunos rumores, por coacción más que

¹⁶¹ GONZÁLEZ, 1977, pp. 275 y 311-312.

¹⁶² GARCILASO DE LA VEGA, 2016, p. 320 y COBO, 1956, p. 105.

por seducción. El cañari recurrió a una unión con una noble inca para afianzar su posición y ampliar su influencia sobre las comunidades andinas. Pero en realidad, la principal esposa de Sayri Topa fue Cusi Huarca, madre de Beatriz Clara Coya, que fue puesta bajo la autoridad de la familia de Diego Arias Maldonado *el rico*. Es por ello que no pudo ser la esposa oficial del Sapa Inca quien reclamó Chilche, sino posiblemente una de las concubinas principales de la corte del señor de Vilcabamba.

El alcalde de Santa Ana y cacique del Valle tuvo diversas relaciones con mujeres andinas a lo largo de su vida, pero Inés Colla fue la primera esposa proveniente de la nobleza inca de la que se le tiene constancia. Sin lugar a dudas, el cañari estaba ampliando su influencia sobre la población andina cuzqueña, que mantenía un importante respeto por los señores tradicionales de la región. La proyección de Chilche estaba dirigida hacia las esferas españolas, a través de su servicio al rey y la ciudad, así como a las esferas andinas, donde la vinculación con la sangre inca era una forma de aumentar el prestigio tanto propio como de su linaje. El cañari consiguió exitosamente avanzar en ambos ámbitos sociales cuzqueños.

Capitán del rey contra Vilcabamba y la ejecución del último soberano inca

Para exponer los siguientes años de la vida del noble cañari es primero adecuado contextualizar la situación que a inicios de la década de 1570 había entre el Perú hispánico y el último dominio inca independiente en Vilcabamba. Desde el fracaso de Manco Inca en 1536 Vilcabamba se alzaba como un reducto autónomo inca. Diversas tentativas de penetrar y destruir Vilcabamba tuvieron lugar desde 1536, que enfrentó con éxito las tentativas de penetración de Alvarado en la batalla de Rumichaca en abril de 1537, la persecución y presión de Paullo Topa y el asalto contra el bastión inca en Vitcos de Rodrigo de Orgoñez. Todos fueron derrotados y sufrieron amplias bajas sin lograr ningún éxito significativo. Posteriormente, Gonzalo Pizarro y el Sapa Inca Paullo, que fueron acompañados de «*Ingas de paz y muchos indios amigos, y entraron quinientos hombres soldados, muy bien apercebidos con muchos capitanes y gente principal*»¹⁶³, asaltaron por última vez Vilcabamba con un resultado muy pobre. Solamente consiguieron capturar algunos miembros de la élite y reliquias, quedando Manco en posesión del montañoso reino. El gran número de bajas en el bando hispánico hizo que fuese considerado un fracaso.

¹⁶³ GUAMÁN POMA DE AYALA, 1993, pp. 138-139.

Desde aquella impenetrable fortaleza Manco mantuvo la presión sobre los territorios hispánicos hasta que fue asesinado por unos refugiados almagristas. Su sucesor fue Sayri Topa, quien negoció con el virrey Hurtado de Mendoza su regreso al Cuzco con reconocimientos y honores. Tras la muerte de este en 1561 subió al trono Túpac Amaru, pero por su juventud el regente fue su hermano Tito Cusi Yupanqui, quien reactivó las hostilidades:

«se dio [Tito Cusi] a hacer cuando daño podía a los cristianos, salteando el valle de Yucay y otros lugares, llevándose a Vilcabamba cuantos indios podía prender y matando a los caminantes; por manera que no había parte segura en las comarcas del Cuzco y Guanamanga, ni se podía caminar sin escolta...»¹⁶⁴.

Pero las autoridades prosiguieron las negociaciones, logrando que entrasen en Vilcabamba fray Marcos y fray Diego de Ortiz, para enseñar doctrina católica. Estos bautizaron al Sapa Inca regente con el nombre de Felipe¹⁶⁵, resultado de la capitulación de Alcobamba de 1566. Tito Cusi aceptó nominalmente el vasallaje al rey, aunque en la práctica su reino prosiguió independiente. Pero la situación terminó por deteriorarse cuando el inca ordenó decapitar a un tal Romero, español que estaba buscando minas en la región, las cuales encontró. Ante el temor de que atrajese a más españoles deseosos de metales preciosos, eliminó al súbdito del rey español, al que había concedido permiso anteriormente para desarrollar su actividad.

Tito Cusi enfermó y murió poco después, siendo acusado de su muerte fray Ortiz por una concubina o esposa del Inca, «*Mama Cona suya o Angelina Polanquilaco*»¹⁶⁶. Esta mujer contó que el fraile le había envenenado con ayuda del mestizo Martín Pando. Como resultado, el sacerdote fue torturado, ejecutado y su cadáver ultrajado.

Túpac Amaru retomó la autoridad en Vilcabamba sin buscar solución a lo ocurrido. Mientras tanto, el virrey Francisco de Toledo, prosiguió con las fórmulas diplomáticas tratando de lograr la rendición inca pacífica. Según relató Murúa, el reino inca estaba aislado, y las noticias y comunicaciones entre los sectores incas y españoles del Cuzco estaban controladas¹⁶⁷. El virrey Toledo envió una comitiva¹⁶⁸ en 1572 o 1571, según la versión de Baltasar de Ocampo, para negociar con el Sapa Inca una propuesta si-

¹⁶⁴ COBO, 1956, p. 105.

¹⁶⁵ MURÚA, 1613, pp. 517-518.

¹⁶⁶ MURÚA, 1613, p. 526.

¹⁶⁷ MURÚA, 1613, p. 550.

¹⁶⁸ Según Cobo, fue difícil conseguir un embajador que fuera a Vilcabamba por la agresividad, hostilidad y crueldad mostrada por sus habitantes hacia los hispánicos. COBO, 1956, p. 105.

milar a la aceptada por Sayri Topa. El embajador elegido fue Atilano de Anaya, un hidalgo castellano con experiencia en tratar con las élites incas cuzqueñas¹⁶⁹. La embajada también contó con la participación del magistrado Diego Rodríguez de Figueroa, el notario Francisco de las Veredas, el mayordomo mestizo Pedro Pando, que, como Atilano, hablaba el quechua¹⁷⁰ y un séquito de indios.

Los tributos de Yucay y regalos para el Sapa Inca fueron llevados por la embajada a la frontera de Vilcabamba, la puerta de Chuquichaca, en el pueblo de Puquiura. Pero la guarnición centinela vilcabambana, para evitar que descubriesen la muerte de Tito Cusi, asesinaron a lanzazos al embajador y parte del séquito. Escaparon del ataque cuatro o cinco indios y el negro propiedad de Atilano, Diego, quienes dieron noticia de lo ocurrido. Este hecho fue la chispa para originar la guerra contra Vilcabamba, que, por otra parte, encajaba en el proceso de reformas y objetivos del virrey Toledo¹⁷¹.

El virrey, tras confirmar lo ocurrido, declaró una guerra a fuego y a sangre. Según el cronista criollo Diego de Esquivel y Navia, los preparativos se hicieron en secreto, dejando entender que la fuerza militar era para Chile «*por tener menos cuidadoso al inca y a sus espías dobles*»¹⁷². La maniobra contó con el apoyo de la población cuzqueña, «*ofreciéronse muchos caballeros e indios cañaris a servir en la ocasión*»¹⁷³. Los cañaris cuzqueños encabezados por Francisco Chilche respaldaron los planes del virrey. La experiencia de los cañaris adquirida durante los eventos anteriores, la voluntad declarada de actuar contra los incas y la cercana relación de Francisco Chilche con Francisco de Toledo parecen las bases para su participación destacada en el engaño. También debió de importar en la decisión que los cañaris eran considerados como fiables e impermeables para los incas, no creyendo posible un espía cañari que sirviese a los vilcabambanos.

La campaña comenzó con el envío de un equipo comandado por el gobernador y vecino de Cuzco, Juan Álvarez Maldonado junto con nueve soldados, Gabriel de Loarte, sobrino del alcalde de corte de Lima, el doctor Loarte, el capitán Joan Balsa, nieto de Huayna Cápac e hijo de la Coya Doña Marca Chimpo, Pedro de Orúe, Martín de Orúe, Alonso de la Torres de Landas, hijos del capitán Pedro Ortiz de Orúe, Joan Zapata, criado del virrey, Joan de Ortega y Galarza, ambos alguaciles de Cuzco¹⁷⁴. Su propósito era

¹⁶⁹ Atilano de Anaya era el encargado de cobrar los tributos y tasas a los incas que tenían «*el repartimiento de Yucay y Xaxahuana*». MURÚA, 1613, p. 550.

¹⁷⁰ MARKHAM, 1907, p. 121.

¹⁷¹ MERLUZZI 2009, pp. 145-148.

¹⁷² ESQUIVEL, 1980, p. 227.

¹⁷³ ESQUIVEL, 1980, p. 227.

¹⁷⁴ MURÚA, 1613, p. 554.

reconstruir el puente que conectaba los territorios del Perú con Vilcabamba, destruido como medida defensiva inca. Una vez concluido el nuevo puente, se ordenó que «*estiviesen [sic] en ella [el puente] con cincuenta indios cañares amigos, sin desampararla hasta que el virrey les enviase gente*»¹⁷⁵. Un grupo de reputados guerreros cañaris fue encargado, junto con los diez españoles, de asegurar el acceso a la región. Los cañaris de Chilche participaron desde la primera fase del ataque¹⁷⁶. Que fueran elegidos como guardianes de una infraestructura imprescindible para la estrategia del virrey, muestra confianza en su habilidad y lealtad.

El maese de campo Maldonado, veterano de la guerra contra las rebeliones de Gonzalo Pizarro y Hernández de Girón, mantuvo el dispositivo defensivo hispano-cañari sobre el puente durante mes y medio, rechazando tres intentos de destruirlo. Los vilcabambanos llegaron a atacar con unos cien guerreros con «*sus lanzas y armas, y con unas patenas puestas en las cabezas, y muchas plumas a su usanza de guerra*» para arrebatar el puente a los virreinales. Pero fueron derrotados por el reducido, pero eficiente, comando¹⁷⁷ centinela. Ante la incapacidad de demoler el puente, Vilcabamba recurrió a la vía diplomática ofreciendo, a cambio de la retirada, la opción eventual de una entrevista con el Sapa Inca. Murúa, interpretó que esta propuesta buscaba ganar tiempo para recoger los recursos disponibles y retroceder a las partes más agrestes de su dominio. De esa manera, las fuerzas virreinales no encontrarían nada con lo que mantenerse durante su avance y tendría que retirarse.

El primer refuerzo que llegó al puente fue don Antonio Pereyra con veinte soldados. En los días siguientes se sumaron el doctor Loarte y el doctor fray Pedro Gutiérrez, nombrado miembro del Consejo de Indias, con otros doscientos cincuenta hombres, entre vecinos y soldados, «*todos de mucho lustre y valerosos, y que vinieron muy bien aderezados de armas y vestidos, y bizarros y galanes*»¹⁷⁸. Los mandos españoles de la fuerza virreinal fueron como general Martín Hurtado de Arbieto, otro veterano de las guerras contra Gonzalo Pizarro y la rebelión de Hernández de Girón¹⁷⁹, Antonio Pereyra y Martín de Meneses capitanes de infantería, Ordoño de Valencia capitán de artillería, capitán Antón de Gatos como sargento mayor de todo el campo y Mancio Sierra Leguizamo, Alonso de Mesa y Hernando Solano, antiguos

¹⁷⁵ MURÚA, 1613, pp. 554-555.

¹⁷⁶ CALANCHA, 1638, p. 832.

¹⁷⁷ El término comando aplicado a esta fuerza hispano-cañari es para reseñar que fueron un reducido grupo de soldados que ejecutaron una misión peligrosa y vital sin el respaldo de una fuerza mayor.

¹⁷⁸ MURÚA, 1613, p. 557.

¹⁷⁹ MARKHAM, 1907, p. 218.

conquistadores, como «*consultores para cosas de guerra*»¹⁸⁰. Además, también participaron el capitán Julián de Humarán como proveedor del campo (encargado de la logística de suministros alimenticios y armamentísticos) y Martín García de Loyola, veterano de las guerras europeas y capitán de la guardia del virrey con hábito de la orden de Calatrava, como cabeza de una capitanía de veintiocho «*soldados sobresalientes, hijos de vecinos y de conquistadores de este Reino, y algunos caballeros principales*»¹⁸¹. Gaspar Arias de Sotelo, hombre reputado al servicio de la corona, y Nuño de Mendoza, con «*muchos vecinos del Cuzco y hasta cien soldados*»¹⁸² se ocuparon de cubrir frentes secundarios. La fuerza virreinal se completaba con un contingente de unos cinco mil guerreros andinos aliados divididos en dos unidades con mando propio:

*«También envió el virrey a los indios amigos de guerra, que ayudasen a los españoles en la jornada, y fue de los orejones del Cuzco por General Don Francisco Cayo Topa, el cual llevó a su cargo mil y quinientos indios de guerra de todas las provincias del contorno del Cuzco. De los cañares y mitimas. Fue el General Don Francisco Chilche, cacique del valle de Yucay, ... llevó a su orden quinientos indios de pelea, con sus armas muy bien aderezados»*¹⁸³.

Los cuzqueños encabezados por un miembro de las élites incas hispanizadas y los cañaris y «*mitimas*» fueron con el anciano y veterano cacique del Yucay como comandante oficial. Chilche condujo unos quinientos guerreros cañaris de élite entre los miles de andinos participantes, los cuales desarrollaron funciones militares destacadas por ser considerados una tropa veterana y temida por otros andinos. Los «*mitimas*» es el término con el que en esta ocasión se designó a los otros aliados como los chachapoyanos, confederados clásicos de los cañaris y que participaron con estos en la mayoría de ocasiones. Conjuntamente, estos dos grupos aliados eran una minoría en la región, lo que explica su menor número de efectivos. Su separación de los cuzqueños evidencia que eran reconocidos como un grupo diferente y con identidad separada de estos por las autoridades reales encabezadas por Francisco de Toledo.

La invasión de Vilcabamba comenzó con la marcha del capitán Martín García de Loyola, don Francisco Cayo Topa y don Francisco Chilche que cruzaron el difícil paso de Cuyauchaca. Los de Vilcabamba asaltaron a los virreinales aprovechando la geografía. Después de horas de combate, los

¹⁸⁰ MURÚA, 1613, p. 558.

¹⁸¹ MURÚA, 1613, pp. 558-559.

¹⁸² MURÚA, 1613, p. 559.

¹⁸³ MURÚA, 1613, p. 560.

incaicos terminaron por retirarse tras la muerte de su comandante¹⁸⁴ y de varios de sus capitanes y guerreros destacados. Lograda esta primera victoria, el general Arbieta, para evitar las emboscadas y trampas que propiciaba la geografía montañosa, envió cuadrillas de exploradores donde «*anduvieron soldados españoles con indios amigos de unas partes a otras, buscando salida de aquella montaña tan cerrada*»¹⁸⁵. Siguieron el avance por Vilcabamba, encontrando a su paso poblaciones y avituallamiento abandonado. La marcha fue tortuosa a causa del terreno y del hostigamiento enemigo. Durante el recorrido, los guerreros cañaris de Chilche demostraron su potencial y su compromiso con la causa virreinal, así como su fragor anti-inca:

*«... en cada lugar dificultoso que los indios cañaris amigos se desmandaban, saliendo fuera de la compañía donde iban amparados con los españoles y arcabuces, volvían heridos de lanzadas que los enemigos les daban, en hallando la ocasión a la mano, porque aunque los cañaris sean tan diestros en el ejercicio de las lanzas como se sabe, los enemigos estaban más usados, como había días que no soltaban las armas de las manos y conocían los puestos, y sabían dónde se podían aprovechar a su salvo de los nuestros, y así les hacían daño, por momento»*¹⁸⁶.

Los guerreros cañaris avanzaban integrados en las compañías españolas de las que salían para responder los vilcabambanos, dándose duros enfrentamientos entre lanceros andinos veteranos. A pesar de la reconocida habilidad cañari con su arma tradicional, los combates fueron ásperos y los de Vilcabamba castigaron fuertemente a los hombres de Chilche, que no dudaron en separarse de la seguridad de los arcabuces para enfrentarse con sus enemigos a costa de su seguridad. El avance hispano-andino por los dominios incas prosiguió bajo el intenso acoso defensor, que según Esteban Rivera, un participante en la campaña, aprovechaban la geografía montañosa para acometer desde arriba y desde abajo a la vez a los atacantes¹⁸⁷.

Durante la marcha un capitán vilcabambano, Puma Ynga, se presentó ante los virreinales y declaró venir en paz. Este expuso que su postura era la de dar obediencia al general Arbieta y al rey para salir del conflicto. Alegó que los que mantenían la guerra eran seguidores de «*Curi Pauca y los otros capitanes del Sol, orejones Colla Topa y Paucar Unya, se habían determinado de matarlos, porque no querían paz sino seguir la guerra y defenderse*

¹⁸⁴ MURÚA, 1613, p. 563.

¹⁸⁵ MURÚA, 1613, p. 562.

¹⁸⁶ MURÚA, 1613, p. 569.

¹⁸⁷ GUILLÉN, 1994, pp. 69-71.

hasta morir»¹⁸⁸. En su defensa declaró no tener relación con la muerte de Atilano de Anaya ni ninguno de los otros súbditos del rey. Además, avisó que habían reforzado un fuerte conocido como Huayna Pucara con intención de frenar la invasión, dando la descripción de su traza y puntos débiles para tomarlo «*sin que peligrasen los españoles e indio[s] en la expugnación dél*»¹⁸⁹. Para Puma Ynga la victoria contra los atacantes era imposible, por lo que buscó una salida negociada para él y sus partidarios. Es posible que estuvieran presentes rivalidades internas o enemistades personales propias de Vilcabamba y este inca aprovechase la situación al verla favorable.

Mientras esto tenía lugar, los guerreros de Vilcabamba se mostraron confiados de su habilidad defensiva «*andaban... a la vista del campo, y a los ojos de los españoles, con mucha desenvoltura, mostrándose por momentos como en menosprecio de los nuestros*»¹⁹⁰. Una actitud razonable, ya que durante décadas Vilcabamba había sido inexpugnable. Pero las fortalezas incas se mostraron en esta ocasión incapaces de frenar el asalto, siendo la inquebrantable Huayna Pucara, fortaleza en un cerro con perfil de media luna, tomada con participación cañari. Mientras los virreinales se aproximaban al peligroso desfiladero, una escuadra de cincuenta arcabuceros, veinticinco soldados y guerreros cuzqueños y cañaris escalaron la montaña, sorprendiendo a los defensores que esperaban para emboscar a los atacantes. Poco después asaltaron por la retaguardia la fortaleza, que terminó por caer abriéndose el acceso por uno de los más complicados pasos geográficos¹⁹¹.

La rápida conquista de Huayna Pucara gracias a la información de Puma Ynga mostró que esta vez el ataque era diferente a los anteriores. Los incas comenzaron de forma mayoritaria a comprender el error de cálculo ocurrido cuando el avance virreinal continuó a pesar de las dificultades geográficas, las trampas y las emboscadas defensivas.

Tras la victoria de Huayna Pucara enviaron a trece soldados destacados, entre los que se encontraba el sobrino del virrey, don Jerónimo de Figueroa, acompañados de «*don Francisco Chinche, curaca de Yucay, General de los Cañaris*»¹⁹². Este pequeño comando hispano-cañari marchó desde el puente de Chuqui Chaca, tomando los principales puntos altos. Con esto neutralizaron la posibilidad de resistir en las alturas, posición desde donde los incas podían usar galgas y grandes rocas para destrozarse a los atacantes como en ocasiones anteriores. Pero esta vez, conociendo el pro-

¹⁸⁸ MURÚA, 1613, pp. 569-570.

¹⁸⁹ MURÚA, 1613, p. 573.

¹⁹⁰ MURÚA, 1613, p. 573.

¹⁹¹ GUILLÉN, 1994, pp. 72-74.

¹⁹² MURÚA, 1613, p. 579.

ceder de los vilcabambanos, el comando de Figueroa y Chilche desactivó ese peligro. En Macho Pucara, el mismo lugar donde décadas antes fueron detenidos Gonzalo Pizarro, Paullo, Villacastín, el capitán Orgoño y otros, tuvo lugar otro enfrentamiento. Los virreinales combatieron contra un gran contingente de guerreros que les atacaron con «*tanta vocería y alaridos que causó al principio alguna turbación*»¹⁹³. Pero fueron derrotados sin bajas importantes entre los hispánicos.

El veinticuatro de junio de 1572¹⁹⁴, el general Arbieto ordenó sus fuerzas que formasen compañías con sus capitanes, las tropas andinas de don Francisco Chilche y don Francisco Cayo Topa incluidas. Marcharon hasta la población de Vilcabamba, que daba nombre al dominio incaico, que encontraron abandonada, saqueada y con los depósitos de alimentos y templo quemados. Murúa escribió que la estrategia de tierra quemada había sido una práctica común ejecutada contra Gonzalo Pizarro, Paullo y Villacastín con éxito en el pasado. Según Ocampo, esta vez no fue correctamente realizada, ya que los virreinales lograron hacerse con algo de ganado para su consumo¹⁹⁵.

Estando en el campo de Vilcabamba, el general Arbieto comenzó a orquestrar la captura de los líderes del bastión montañoso. Para ello organizó y envió un comando de sobresalientes soldados formado por:

«*Garbiel de Loarte y Pedro de Orié, inga de Orié, y al capitán Juan Balsa, tío de los Yngas Tupa Amaro y Quispi Tito, y a Pedro Bustinza, también su tío, hijos de las dos Coyas, doña Juana Marca Chimbo y doña Beatriz Quispi Quepi, hijas de Huaina Cápac y con ellos otros amigos [¿indios amigos?] y camaradas que eran sobresalientes*»¹⁹⁶.

Estos debían dar caza a Ynga Quespi Tito, miembro de la Panaca real de Vilcabamba, a quién atraparon con su esposa «*en días de parir*»¹⁹⁷ y otros once indios de su servicio. A la vez, para capturar a Túpac Amaru mandó, por un lado, al capitán Martín de Meneses, quien encontró un gran botín en «*plata, oro y piedras preciosas de esmeraldas, mucha ropa antigua...* [todo el botín] *se avalaría en más de un millón, lo cual todo se consumió entre los españoles e indios amigos, y aun dos sacerdotes*»¹⁹⁸. Por el otro, al capitán Antonio Pereira, quien logró alcanzar y prender a los mandos incas

¹⁹³ MURÚA, 1613, p. 580.

¹⁹⁴ Según Diego de Esquivel, la campaña tuvo lugar en 1571. ESQUIVEL, 1980, pp. 224-228.

¹⁹⁵ MARKHAM, 1907, p. 221.

¹⁹⁶ MURÚA, 1613, pp. 583-584.

¹⁹⁷ MURÚA, 1613, p. 584.

¹⁹⁸ MURÚA, 1613, p. 585.

Colla Topa, Paucar Unía y a Curi Paucar. Además, «*Cazó también a otros muchos indios enemigos, que estaban de Sapacatín*»¹⁹⁹. El desmoronamiento de Vilcabamba era evidente, pero aún no definitivo.

El general Arbieto, consciente de que mientras el Sapa Inca Túpac Amaru continuase libre, el conflicto no había concluido, envió un tercer grupo comandado por el «*general Martín García de Loyola*»²⁰⁰. García de Loyola contó con una fuerza compuesta de cuarenta soldados españoles y un número no definido ni identificado de aliados andinos. Lograron alcanzar a Túpac Amaru, su mujer «*Topa Amoro*»²⁰¹ y a su tío y general «*Hualpa Yupanqui*»²⁰² antes de que se embarcasen en una canoa para escapar usando un río. Poma Ayala contó que Túpac Amaru, «*ni se defendió, antes se huyó el dicho Inga por ser muchacho y no saber nada, y le prendió junto al río, solo sin indios*»²⁰³.

Con los principales miembros de la élite de Vilcabamba cautivos, la campaña se dio por finalizada como una sonora victoria. Se nombró a Martín de Arbieto, gobernador de la recién conquistada región, donde fundaron San Francisco de la Victoria de Vilcabamba, abandonando la montañosa ciudad inca en ruinas para instalar una nueva población más accesible y fácil de conectar con el resto del Perú. La provincia recién conquistada fue repartida entre los participantes, incluyendo los cañaris asistentes. Entre ellos, como no podía ser de otra manera, su comandante y líder militar. Francisco Chilche y sus guerreros cañaris fueron una parte importante del despliegue militar que suprimió el último estado inca, pero su papel en la caída de éste aún no había concluido.

Esta campaña en la montañosa y complicada región significó el fin de facto a la resistencia inca y su estado independiente, pero aún debían ser eliminados simbólicamente. Los miembros de la familia del Sapa Inca y su propia figura eran percibidos como una resistencia al dominio del Rey Católico. El virrey Francisco de Toledo, un agente del poder real experimentado y con objetivos claros, aún no había dado por concluido el incanato, siendo necesaria su eliminación total, evidente y pública a todos los niveles. Y los cañaris ocuparon un puesto principal en este acto tan simbólico como político orquestado por uno de los virreyes que más relación tuvo con ellos.

El victorioso ejército del virrey hizo una entrada triunfal en el Cuzco, con García de Loyola llevando al cautivo Túpac Amaru con una cadena de

¹⁹⁹ MURÚA, 1613, p. 589.

²⁰⁰ MURÚA, 1613, p. 591.

²⁰¹ MURÚA, 1613, p. 595.

²⁰² MURÚA, 1613, p. 595.

²⁰³ GUAMÁN POMA DE AYALA, 1993, pp. 342-443.

oro al cuello en primer lugar²⁰⁴. Le seguían el resto de prisioneros y tesoros tomados en Vilcabamba y las compañías con sus mandos marchando marcialmente. Los cañaris con Chilche a la cabeza incluidos. Tras la celebración el valioso reo fue puesto bajo custodia en la casa-fortaleza de su pariente inca don Carlos Inca «*con guarda de españoles lanzas y arcabuces, y de indios Cañares*»²⁰⁵.

A pesar de múltiples peticiones de piedad para Túpac Amaru el virrey Francisco de Toledo le condenó a muerte. El Sapa Inca vilcabambano marchó hacia el cadalso de la plaza mayor del Cuzco escoltado por los alabarderos de la guardia del virrey y «*una guardia de 400 indios Cañaris, llevando sus lanzas en la mano*»²⁰⁶. Es muy simbólico que los protectores de los Sapa Inca Huayna Cápac y Huáscar fuesen los custodios en el camino a la muerte del último de los Sapa Incas. Finalmente, tras un discurso y su conversión al catolicismo, «*El verdugo, quien era un indio Cañari, había sacado el cuchillo... avanzó y agarró el pelo con su mano izquierda y cortó la cabeza de un golpe, sosteniéndola en alto para que todo el mundo la contemplara*»²⁰⁷. Un cañari terminó con sus manos con el último soberano inca por voluntad de un virrey español.

Todo este espectáculo con una participación cañari tan activa tuvo que ser organizado con las cabezas de la comunidad, incluyendo al más poderosos de todos, Francisco Chilche. La hostilidad del noble cañari contra el incanato por los cruentos eventos de la guerra civil de Atahualpa y Huáscar había llegado a su punto final. El incanato no sería restituido y ya no habría más reductos del mismo que mantuviesen esa esperanza. Además, el poderoso líder y sus subordinados cañaris y chachapoyanos fueron recompensado por sus servicios por el virrey Francisco de Toledo.

La integración institucional cañari en Cuzco y el legado de Chilche

Después de la campaña, el anciano cacique del Yucay recibió una nueva esposa con origen noble inca, doña Paula Cusichuar cay. Esta fue entregada por parte las autoridades españolas encabezadas por Francisco de Toledo como distinción a Francisco Chilche por su participación en la campaña de Vilcabamba. No fue el único participante premiado con una esposa de alta jerarquía de los derrotados. Martín García Óñez de Loyola, el captor

²⁰⁴ GUAMÁN POMA DE AYALA, 1993, p. 346.

²⁰⁵ LIZÁRRAGA, 1909, pp. 598-599.

²⁰⁶ MARKHAM, 1907, p. 226.

²⁰⁷ MARKHAM, 1907, pp. 226-228.

de Túpac Amaru y miembro del linaje de San Ignacio de Loyola, recibió la mano de Beatriz Clara Coya, la hija de Sayri Túpac, y por lo tanto una heredera del soberano vilcabambano. Su descendiente, Ana María Coya de Loyola sería convertida décadas después en la primera marquesa de Oropesa por Felipe III. Ambos matrimonios, el hispano-inca y el cañari-inca, parecen ser una forma de reforzar y legitimar del poder español en los Andes y licuar a través de un aliado importante una línea sucesoria secundaria. Sea como fuese, lo cierto es que parece indicar que Chilche se habría quedado viudo de su anterior esposa oficial, siendo este matrimonio otro nuevo impulso a su posición.

Además, como recompensa material directa por su participación en la campaña contra Vilcabamba recibió «26 topos de tierra de maíz en Añasbamba, un solar en Tococache, 40 canchas de sal en las salinas de San Sebastián, tierras en Mascabamba, Ziquicancha y Oco oco, la estancia de Osmabamba, y las tierras de Parguayso y Colcampata»²⁰⁸. Una importante ampliación económica con tierras y recursos que elevan aún más el poder, influencia y riqueza del cacique del Yucay. Sus dominios estaban dispersos por los alrededores de Cuzco y ahora también en la sometida Vilcabamba, tierras que llevaban en su punto de mira desde la anterior década²⁰⁹. Es innegable el éxito acumulado tras su participación como mando militar en la caída del último bastión inca independiente. Y podría pensarse que su retroceso en el Valle había sido compensado con estas nuevas propiedades, pero lo cierto es que ya había conseguido recuperar parte de poder en el mismo. Según declaró el visitador Pedro Gutiérrez Flores en 1572, en las comunidades andinas del valle del Yucay, muchos tributarios nominales de Doña Beatriz Coya, la heredera del Inca, en realidad se identificaban como servidores de Chilche²¹⁰. El anciano cañari seguía siendo uno de los más poderosos señores del valle sagrado de los Incas incluso cuando las autoridades buscaron restituirles la mayor parte a los nobles incas.

Es probable que estos premios y reconocimientos recibidos en este inicio de la década de 1570 tenga que ver también con la relación entre el noble cañari y el virrey Francisco de Toledo. Este virrey mantuvo una política de reducción de poder e influencia de los incas en la región para aumentar la autoridad real, si bien se hizo con distinción entre familias incas importantes. Y los cañaris fueron un recurso muy valioso para lograr este objetivo. Parece que Chilche y Toledo tuvieron una buena relación, si bien esto es una

²⁰⁸ Cita de una escritura de Juana Quispe Sisa, viuda del último Sapa Inca en 1584 en DECOSTER Y NAJARRO 2016, p. 92.

²⁰⁹ DECOSTER Y NAJARRO 2016, p. 94.

²¹⁰ WACHTEL, 1971, pp. 174-175.

especulación con base en sus recompensas, ya que no se han encontrado detalles sobre esto en la documentación. Pero esta relación no evitó que en la reorganización del valle en 1572 el poder del cañari fuese parcialmente recortado por los visitadores encargados de ello.

Pero de forma mayoritaria, el virrey fue favorable a la institucionalización de los cañaris y chachapoyanos bajo la alcaldía de Chilche, otra evidencia de la probable buena relación entre ambos. Y esto no es una cuestión insustancial, ya que el veterano noble cañari fue uno de los encargados, posiblemente el más importante y reconocido considerando su posición en aquel momento, de negociar con el *alter ego* del rey las recompensas a recibir, así como su integración como parte de las instituciones de gobierno locales. Es por ello que al menos parcialmente, el éxito cañari durante el gobierno de Francisco de Toledo parece tener relación con las habilidades sociales de Chilche, aunque no se pueda más que intuir su importancia en el proceso. Pero, considerando las palabras del virrey y los logros cañaris, se puede especular con una base. Es importante también señalar que el noble castellano mostró abiertamente que tenía una buena consideración de estos aliados andinos. Escribió a Madrid en 1572 mostrando su parecer sobre ellos:

«En esta ciudad del cuzco hay hasta quatrocientos yndios que llaman cañares y por ser gente valiente y de diligencia se fiava [sic] dellos el ynga para guarda y quando los españoles entraron en esta ciudad les dieron estos la obediencia y despues aca siempre han servido con fidelidad y en el cerco que dizen del cuzco y levantamiento de mango ynga [Manco Inca] sirvieron como buenos amigos y fueron grandes perseguidores de los yngas alzados en rremunerazion [sic] desto siempre estos yndios fueron libres de tributo y nunca sencomendaron [sic] antes por los gobernadores [sic] y audiencias les an sido dados privilegios y executorias [sic] para que no tributen obligándoles solamente a que sirvan a la justicia...»²¹¹.

Fue después de la derrota de Vilcabamba cuando el virrey renovó los privilegios cañaris, que eran precedentes y estaban relacionados con sus acciones durante las campañas de conquista, consolidándolos en ese momento como parte de la estructura de poder real regional²¹². El peso de los servicios prestados contra el último reducto inca como base de su posición privilegiada es una evidencia. Esto lo prueban las palabras del propio virrey Francisco de Toledo, que declaró sobre el asunto que *«haber sido ahora nuevamente, en la conquista, castigo y rebelión de los Incas de Vilca-Bamba, y allana-*

²¹¹ LEVILLIER, 1924, p. 119.

²¹² DEAN, 1999, p.191.

*miento y seguridad de aquella tierra y es justo que se conserven en su costumbre... que ellos reciban el premio, y la justicia»*²¹³.

El virrey incluso señaló doscientos setenta y tres cañaris y chachapoyanos que quedaron exentos del pago de tributo como recompensa. Este tipo de concesión era muy codiciada por el resto de las élites andinas locales, incluyendo los incas²¹⁴. Diego de Esquivel en el siglo XVIII recordaba la importancia del virrey Toledo en la adquisición de esta posición privilegiada cañari dentro del régimen local cuzqueño:

*«Por los servicios que representa [prestan] los cañaris, así como por haber ayudado a los españoles en la prisión de Thupac Amaru [Túpac Amaru], como por estar destinados a varios ministerios de la república... por libres y exentos de tributos a los dichos cañaris, a sus hijos y nietos»*²¹⁵.

La exención tributaria fue uno de los grandes éxitos de los cañaris, que adquirieron un privilegio al que muchos aspiraban, pero pocos consiguieron. Los agustinos señalaban en sus textos sobre el Perú que *«muchos Indios no los pagan [los tributos], como Caziques, segundas personas, cantores, cañares, ministros i inpedidos [sic]»*²¹⁶. Era conocido en todo el territorio el éxito cañari durante su integración en el régimen. Los cañaris recibieron un privilegio que los equiparó a nivel fiscal con la nobleza caciquil andina, con algunos andinos con funciones apreciadas o importantes y, algo llamativo, con los que no podían trabajar y, por tanto, tampoco tributar. Sin embargo, no solamente tuvieron la excepción del tributo como privilegio frente a la masa común india, ya que también quedaron fuera de la obligación de participar en la mita, el odiado impuesto de trabajo con el que se explotaban las minas. Pero antes de ampliar el alcance de estas recompensas, es recomendable presentar qué servicios fueron concedidos como sustitutos de estas imposiciones.

Los cañaris habían desarrollado funciones vinculadas al ejercicio de las armas desde el periodo prehispánico, y esto influyó en la forma de su integración en el régimen hispánico. El virrey Toledo, recurrió a los aliados cañaris como un elemento más de su política de refuerzo del poder real en el Perú, por lo que decretó en sus ordenanzas cómo quedaba sustituido el obligado tributo económico y de fuerza de trabajo por estos servicios a la administración hispánica:

²¹³ LEVILLIER, 1925, pp. 106-107.

²¹⁴ ROMERO, 1898, pp. 101-107.

²¹⁵ ESQUIVEL, 1980, p. 235.

²¹⁶ CALANCHA, 1638, p. 40.

«... en esta ciudad habían muchos indios que pretendía ser libres, para no pagar tributo a Su Magestad, ni á otra persona, así de cañares y chachapoyas. Que habían servido en la guerra, en tiempo de la conquista, e hijos y nietros de estos, como otros muchos que habían llegado... como era razón, por no estar encomendados... como porque no es justo que haya ninguno reservado de pagar tributo a su Rey y Señor natural... y porque los dichos cañares y chachapoyas á quien se les debe algún premio por el servicio pasado hasta ahora, no pagan otro tributo, sino tan solamente servir a las justicias y en los negocios que se ofrezan [sic] a la administración de ella...»²¹⁷.

Los cañaris, con Francisco Chilche a la cabeza, venían relacionándose de manera intensa con los líderes españoles desde hacía décadas, pero quedaron vinculados definitivamente con las autoridades desde el refuerzo de Toledo, desapareciendo de los repartimientos locales. De hecho, en la organización de la cobranza de las tercias de los repartimientos del Cuzco de Toledo en 1575, no aparece ninguno donde se mencione a los cañaris o chachapoyanos, siendo el único territorio que aparece el del valle del Yucay, donde los cañaris estaban presentes, pero no son mencionados entre los tributarios²¹⁸. Según dice de ellos un testimonio proveniente de las relaciones geográficas de 1582:

*«En el Cusco hay dos parcialidades de indios que llaman cañares y chachapoyas, que son traídos allí de los llanos de la Provincia de Quito, los cuales se dieron a los christianos en tiempo de la conquista y por ello son reservados de tributo; solamente governa [sic] la justicia Real... Duermen siempre de ordinario en casa del corregidor; son indios en su guarda y rondan con él de noche por la ciudad; son obligados á dar todos los mensajeros que fueren menester para todo el reino, que salgan del Cuzco, y donde quiera que llegan les dan de comer, sin que por ello les lleven nada; y traen sus insignias para ser conocidos. El jueves santo... por razon [sic] de estar encerrado el Santísimo Sacramento y entierro de infieles, andan 300 de ellos con sus lanzas acompañando la procesión y la Justicia»*²¹⁹.

Los aliados cañaris se convirtieron oficialmente en guardias y protectores del corregidor, una figura de autoridad real que desde aquel momento contó con una guardia cañari. Seis «*oya ricos*»²²⁰ cañaris y chachapoyanos estaban día y noche en la residencia del corregidor para trasladar sus órdenes y guardar su integridad. Se convirtieron en el principal canal de comu-

²¹⁷ LEVILLIER, 1925, p. 106.

²¹⁸ ROMERO, 1898, pp. 74-90.

²¹⁹ ANÓNIMO, 1885, pp. 252-253.

²²⁰ El virrey menciona que es como se «*llaman en su lengua*». LEVILLIER, 1925, p. 107.

nicación del corregidor y estaban activos las veinticuatro horas del día. Los guardias cañari-chachapoyanos imponían la voluntad del corregidor, siendo tan distinguidos que en las ordenanzas se especificó que en caso extraordinario se podía reclutar un mayor número. El corregidor con la guardia cañari-chachapoyana a su servicio aumentó su autonomía e influencia frente a las élites cuzqueñas, contando con su propio brazo armado en una ciudad con unas élites locales, españolas²²¹ y andinas, con grandes cotas de poder. Además, no se puede obviar la confianza desplegada en ellos por parte de la administración al ponerlos directamente como resguardo más próximo a una figura tan central como el corregidor en tiempos de Felipe II.

Pero sus servicios iban más allá de la figura del corregidor, convirtiéndose en una pieza vital para la justicia del rey en el Cuzco, ya que *«quando es menester algún delinquente [sic] queste [sic] rretraido [sic] en lugar sagrado o algún preso que sea necesario tenerle [sic] con guarda y seguir a los delinquentes [sic] que huyeren»*²²² los cañaris fueron los encargados de estas acciones. Se ocuparon de *«guardar presos y quadrilleros [sic]»*²²³, siendo cuatro guerreros cañaris y/o chachapoyanos los centinelas de la cárcel, otra prueba de la confianza de las autoridades.

Cuando hubo problemas para cobrar el tributo, las autoridades respondieron *«prendiendo muchos caciques é enviando alguaciles españoles é indios cañares, a requerir así a los dichos indios»*²²⁴. Los cañaris cuzqueños de Chilche eran parte de las fuerzas de los alguaciles cuando trataron con los caciques andinos. Además, otro grupo cañari-chachapoyano armado con lanzas acompañaba al alguacil mayor durante las patrullas urbanas. También fueron los guardias del salón del cabildo durante sus sesiones, dando protección al órgano de gobierno de la ciudad, un lugar con innegable valor simbólico. Reginaldo Lizárraga dejó por escrito su impresión sobre su habilidad:

*«El día de hoy, donde hay fuera de sus tierras cañares, las justicias se sirven de ellos para prender indios fugitivos como españoles facinerosos; sácanlos de rastro, aun que se metan en el vientre (como dicen) de la ballena»*²²⁵.

Los cañaris del Cuzco lograron alcanzar otras posiciones destacadas, además de ser los guardias andinos de la justicia de la ciudad con unas co-

²²¹ Los intentos de debilitar a los poderosos encomenderos de Cuzco se remontan al corregidor Pedro Pacheco (1561) y al dominico Domingo de Santo Tomás (1540-1570) y su oposición a la encomienda a perpetuidad para los linajes conquistadores. GLAVE 2019, pp. 130-131.

²²² LEVILLIER, 1924, p. 119.

²²³ LEVILLIER, 1924, p. 228.

²²⁴ ROMERO, 1898, pp. 110-112.

²²⁵ LIZÁRRAGA, 1909, p. 528.

munidades indias de innegable influencia y poder. Su benefactor, el virrey Toledo, les atribuyó en 1574 otra tarea de confianza, la vigilancia de la fortaleza²²⁶ y el arsenal²²⁷ de la ciudad:

«... donde esta la dicha artillería y municiones que e rreferido [sic] y la guarnición de lanças [sic] dentro sin salario estrahordinario [sic] asta agora [sic] y la guarda de cañaris [cañaris] que mande poblar fuera, sobre y miedo haze [sic] a la tierra que a sido tan contra el gusto de la gente este freno como todos los demás... la segunda manera de yndios son los cañares y chachapoyas que escrevi [sic] que estaban para el servicio y guarda de esta cibdad [sic] como quinientos según a constado... con su cacique pagando ellos mismos la doctrina y ellos incorporados en la corona real...»²²⁸.

Fueron considerados fiables guardianes contra rebeliones²²⁹ y centinelas lo suficientemente reputados como para ser disuasorios entre la población. En palabras del virrey:

«... para proveer al remedio de la duda que se ha tenido de la fidelidad de los indios naturales deste reino... la ciudad del Cuzco, como más principal cabeza... era donde más convenía ponerse este seguro... en el corazón de los ingas tiranos, para tenerle más sujeto había fortificado y hecho fortalezas y defensas... defenderéis [Diego Frías Trejo, castellano de la fortaleza] de cualesquer [sic] enemigos y contrarios del real servicio de Su Magestad con la gente de guarnición y presidio, artillería y municiones... la guarnición de gentileshombres de lanzas, arcabuces y soldados y personas de guarda de las dichas fortalezas... y los indios cañares de la tierra que para el dicho efetto [sic] están puestos y mandado poner... vos [Diego Frías] podáis señalar y nombrar capitán de artillería y municiones y capitán de la guarda de cañares y chachapoyas, que he mandado que haya de fuera de las dichas fortalezas de todos los dichos indios que para este efetto [sic] están puestos, de los cuales habéis de señalar y escoger cincuenta indios para vela y guarda de la dicha

²²⁶ Además de los guerreros cañaris, la fortaleza contaba con compañías de lanzas y arcabuceros españoles.

²²⁷ En el virreinato hubo diversos indios con importantes posiciones dentro del entramado defensivo, como denotó que Toledo para defenderse de «*los corsarios [sic] ingleses, luteranos... [y de] los negros cimarrones que están poblados en las montañas de tierra firme*» ordenó a «*Miguel Morzillo [ir a] a la cibdad [sic] del Cuzco, para que traiga doce indios de los que hay en la dicha cibdad [sic] y en la fortaleza della [sic], diestros en hacer la dicha artillería*». No queda clara la identidad de estos indios armeros de la fortaleza, si bien los cañaris fueron habituales en ella. ROMERO, 1898, pp. 204-205.

²²⁸ LEVILLIER, 1924, pp. 416 y 434.

²²⁹ LEVILLIER, 1924, p. 434.

fortaleza, y podáis acrecentar y meter la más guarnición... para el servicio de Su Magestad»²³⁰.

El que un individuo con la habilidad política de Francisco Toledo confiase y respetase abiertamente a los cañaris muestra el éxito y utilidad de estos en la nueva administración. El virrey Toledo optaba por debilitar a los poderosos incas del Cuzco y recurrió a los cañaris como contrapeso. Chilche no dudó en aprovechar la situación y los objetivos del noble castellano para alcanzar sus intereses personales y respaldar a su comunidad. Toledo confiaba en los guerreros de Chilche, contando con ellos cuando comenzó un ataque frontal contra la posición de los incas cuzqueños, dando inicio a un juicio por traición sobre varios de ellos después de la caída de Vilcabamba. Durante el mismo se evidencia que los cañaris-chachapoyanos de Chilche fueron parte del brazo armado del virrey. Testigos y acusados andinos, incas y no incas, fueron custodiados por centinelas cañaris durante el proceso, siendo, por ejemplo, los encargados de ir a apresar a Martín Uchuc Ulco, Huayla de la parroquia de San Cristóbal, para llevarlo a prisión, ocupándose después de su alimentación. No fue el único de los importantes andinos procesados por el virrey que estuvieron bajo vigilancia de la guardia cañari-chachapoya²³¹.

Estos triunfos fueron logrados por la comunidad cañari de Cuzco durante el tiempo en que su cabeza era Francisco Chilche, lo cual es conveniente recordar. Además, son éxitos que sobrevivieron a sus promotores, tanto al virrey como al noble cañari. Una prueba de ello fue que en la primera mitad del siglo XVII el virrey don Francisco de Borja y Aragón, Príncipe de Esquilache (1614-1621) escribió a su sucesor:

«Los Indios que llaman Cañares, están reservados de mitas y tributos; estos eran soldados de la Guardia del Inga, y hoy se conservan en muchas partes, ocupándose en asistir á las Justicias, ejecutando lo que les ordena, así en hacer prisiones, como en otros ministerios de este género»²³².

Estar fuera de la mita y no tener que pagar tributo fue un éxito indiscutible dentro del nuevo sistema. Pero como no podía ser de otra manera, la entrega de estos privilegios a los cañaris provocó las quejas de otros andinos, especialmente de los poderosos incas. Poma de Ayala levantó quejas contra los aliados andinos privilegiados por el nuevo régimen, como los cañaris, por considerarlo injusto:

²³⁰ ROMERO, 1898, pp. 357-363.

²³¹ GLAVE 2019, pp. 142-147.

²³² BORJA, 1859, p. 93.

«... los yanaconas²³³ y chachapoyas sirvan plazas, minas, tambos, chasques, y paguen tributo a la corona real en todo el reino, aunque sean oficiales, como no sea hijo de cacique principal y nieto»²³⁴ [...] «y así [sic] los yanaconas o, aunque no sea yanacona sean tributarios, ellos como sus mujeres, chachapoyas, cañares, pague cuatro doblados cien pesos ensayados cada año, y las dichas mujeres veinte pesos ensayados, los que no se fueren a sus reducciones y pueblos y acudan a todos los servicios personales»²³⁵.

El cronista andino insistió sobre el asunto de que los cañaris no tribuaban al recomendarle a Felipe III que «los dichos yanaconas chachapoyas, cañares, cayambis, paguen tributo y sirvan a la minas y servicios personales a vuestra Majestad en todo el reino empadronados; y así no habrá ausente y multiplicarán los indios en este reino»²³⁶. Para los andinos pertenecientes a las altas esferas de origen incaico, como Poma, los cañaris debían participar de la mita y el tributo, dejando de ser privilegiados para ser comunes.

Los cañaris de Santa Ana, la parroquia de la que era líder Chilche, lograron una labor importante fuera del ejercicio de las armas. Y es que, como ya se ha mencionado con la figura del corregidor, fueron encargados del esencial servicio de correo oficial²³⁷ tanto de las autoridades como de particulares. Estos mensajeros cañaris, ocasionalmente llamados «*Yndios Cañares Chasqueros*», estuvieron organizados bajo la autoridad de un cacique de chasqueros o cacique de correos. Quedaron encargados del operativo de la posta real desde Cuzco «hasta las ciudades que confinan con los limites desta»²³⁸. Mantuvieron este privilegiado y honorable cargo en la administración real hasta, al menos, finales del siglo XVIII²³⁹, a pesar de las quejas del funcionariado borbónico²⁴⁰.

El noble cañari no solamente recibió muchas recompensas de manos del virrey Francisco de Toledo, sino que durante sus tiempos como una de las grandes cabezas de la comunidad se solidificó el privilegio cañari, y el de sus confederados chachapoyanos. Es su persona la que se relacionó activamente con las autoridades españolas, congraciándose sin duda con el virrey Toledo gracias a su habilidad social. A estas alturas era un cacique, alcalde

²³³ Hay referencias al uso del término yanacona para referirse a los cañaris en escritos oficiales de los virreyes Francisco de Toledo y Francisco de Borja. DEAN, 1999, p. 196.

²³⁴ GUAMÁN POMA DE AYALA, 1993, p. 691.

²³⁵ GUAMÁN POMA DE AYALA, 1993, p. 703.

²³⁶ GUAMÁN POMA DE AYALA, 1993, p. 807.

²³⁷ LEVILLIER, 1925, p. 107.

²³⁸ LEVILLIER, 1924, p. 119.

²³⁹ DEAN, 1999, p. 196.

²⁴⁰ DEAN, 1999. Cita un documento del ADC (Archivo Departamental de Cusco), intendencia, Gobierno, leg. 143, 1796-1797.

y capitán veterano que había sobrevivido a la corte Inca, a la represión de Atahualpa, a la conquista española, a las razias vilcabambanas, a las guerras civiles entre españoles, a la rebelión de Hernández de Girón y, como colofón para su carrera, fue un mando militar en la invasión de Vilcabamba. Sin lugar a dudas, los cañaris fueron representados de forma excelente por el poderoso y experimentado noble cañari ante Francisco de Toledo.

El poderoso y rico cañari llegó a tener más de setenta años, muriendo en la primera parte de la década de 1580. Fue uno de los últimos participantes de la conquista en fallecer, habiendo sobrevivido a la mayoría de sus protagonistas como Francisco Pizarro, Gonzalo Pizarro, Diego de Almagro, Manco Inca, Paullo Topa, Sebastián de Benalcázar o Hernando de Soto, todos desaparecidos para estas alturas. Era de los últimos que quedaron junto con un también anciano Hernando Pizarro, que residía en Castilla. Vivió una larga vida que evidenció el genio y habilidad del noble cañari no solamente para sobrevivir y medrar en el caótico momento que le tocó vivir, sino además una innegable suerte al haber escapado al descontrolado azote de las enfermedades que acompañaron el encuentro entre el viejo y el nuevo mundo.

Su muerte fue aún como Cacique del Yucay, siendo uno de los más poderosos cuzqueños con múltiples propiedades en la región central. Durante su vida con diversas mujeres engendró múltiples descendientes como Alonso Marca Gualpa, quien se casó con María Zuchuc, posiblemente una mujer cañari, así como otros tres de los que se conoce menos información: Francisca Toro Gualpa, Francisco Chilquechuc y Gonzalo Marca²⁴¹. Su heredero principal no fue ninguno de ellos, sino Hernando Guatanaula, quien recibió el título de Cacique del Valle del Yucay, pero en 1586 vendió las últimas tierras que le quedaban en esa rica y simbólica región²⁴². Su herencia directa se disolvió rápidamente, sin embargo, el nombre de don Francisco Chilche siguió siendo reclamado por sus descendientes cientos de años después. En el siglo XVIII doña Josefa Landebisnay, mujer de la élite cuzqueña, reclamaba ante las autoridades durante un pleito ser «*la última sucesora... [del] gran capitán don francisco chilche*»²⁴³. El éxito del conquistador cañari en Cuzco se ve reconocido al mantenerse su nombre como un recurso para acceder a concesiones y prestigio más de cien años después de su desaparición.

Pero si el nivel personal de su linaje no es suficiente demostración del éxito como indio conquistador de Chilche, no está de más recordar su legado en la comunidad cañari-chachapoyana de la parroquia de Santa Ana. Estos

²⁴¹ COVEY y ELSON 2007, p. 317.

²⁴² ARANA 2009, pp. 180-181.

²⁴³ DECOSTER Y NAJARRO 2016, p. 97.

fueron elevados durante su vida de forma oficial a ser parte de la administración real local. Además, si consideramos la ya mencionada propuesta de Hernán Crespo Toral sobre su presencia en la serie pictórica de la parroquia de Santa Ana de finales del XVII como la figura eliminada del lienzo, esto significaría que fue considerado como un personaje a reclamar por el conjunto de su comunidad cuzqueña. Los cañaris y chachapoyanos presentaban a su primer alcalde como un potentado local, uno de los suyos a reivindicar, que además sostenía la cabeza reducida de un inca derrotado, sus rivales locales, en nombre de sus aliados españoles, que no debían olvidar quienes habían sido sus amigos más cercanos. Una imagen y recuerdo que también coincide con la de un indio conquistador, que en este caso tuvo nombre y apellidos, don Francisco Chilche Cañar, el más poderoso y destacado noble cañari del Perú español.

Conclusión

Don Francisco Chilche es un ejemplo de primera de indio conquistador para el caso del Perú. Desde su juventud como «paje» del más poderoso soberano andino de sus tiempos, el noble cañari mostró una cercanía a los personajes poderosos que, sin duda, explica su habilidad durante toda su vida para lidiar con figuras de poder. Incluso cuando no fueron de su cultura. No solamente sobrevivió a las batallas de la guerra civil inca y las masacres ordenadas por Atahualpa, sino que también adquirió una experiencia militar que fue vital para su aproximación posterior al líder de los conquistadores españoles. Siguiendo la estela de las relaciones que había iniciado Diego Vilchumlay en la costa de Tumbes, el joven y ambicioso Chilche se aproximó como aliado a los ejecutores del odiado Sapa Inca quiteño. El noble cañari consiguió tempranamente iniciar una relación personal y cercana con el anciano Francisco Pizarro, a quien asistió de diversas formas y del cual tomó el nombre que le acompañó el resto de su vida. Es evidente que Chilche estaba decidido a afianzar su relación con el nuevo poder que había aparecido en la región sin previo aviso. Pero ¿cómo no hacerlo? Contando con la ventaja de tener ya las simpatías de los extranjeros y habiendo sido ellos quienes cortaron la represión sobre los cañaris tras haber eliminado al más importante de sus enemigos, es comprensible el interés en solidificar la naciente alianza y sacarla partido.

Tras la llegada al Cuzco, Francisco Chilche se sumó a la pequeña comunidad cañari-chachapoyana que quedaba en la ciudad. Estos respaldaron el dominio del puñado de españoles sobre la gran urbe andina. Francisco

Chilche estuvo entre los escasos aliados que se mantuvieron leales a la causa foránea durante el alzamiento de Manco en 1536. Este evento fue trascendental porque puso en auténtico riesgo lo conseguido durante la rápida conquista de inicios de la década. El propio Francisco Chilche logró aumentar su reputación personal y destacar aún más entre sus pares y aliados gracias al famoso duelo contra el orgulloso capitán inca de Manco. Si Francisco Chilche ya era uno de los nobles cañaris más próximo a los españoles a través de su relación con los Pizarro, tras haber destacado conocidamente en un evento tan crítico, se consolidó como una de las grandes figuras en la ciudad inca.

Desde su nueva posición de Cacique del Yucay, una recompensa conseguida con respaldo de su primer valedor, Francisco Pizarro, comenzaba una carrera política dentro del nuevo régimen. Como dueño y gestor de gran parte de un territorio económicamente vital para el Cuzco, se consolidó como un rico e influyente potentado dentro de la región. Además de conseguir la satisfacción de hacerse con un lugar tan simbólico para el poder de los incas. Pero los enfrentamientos por arrebatarle tan jugosos bienes fueron comunes, y Chilche sufrió diversas derrotas, aunque ninguna definitiva. Sin embargo, las dificultades que tendría que afrontar el noble cañari fueron más allá de las rivalidades internas dentro del marco institucional y legislativo de la Monarquía Hispánica, aún en proceso de instalación y adaptación al espacio peruano.

Las guerras civiles entre los conquistadores fueron el fondo de este proceso, y si bien los cañaris cuzqueños de Chilche parecen haber tenido un papel muy secundario, no fue el caso de la última rebelión importante de un súbdito español del rey. Cuando los insurrectos de Hernández de Girón ocuparon la ciudad, el líder cañari y sus seguidores no dudaron en respaldarlo de diferentes formas. Es poco probable que el cacique cañari estuviese interesado en el propio Hernández de Girón o en sus reclamaciones, pero, considerando su anterior experiencia en una guerra civil, parece que optó por servir al cabecilla de los conjurados mientras este abrigase poder. Cuando Girón fue derrotado y llevado a ejecutar, los cañaris de Chilche contaron con la ayuda de sus compatriotas en el bando vencedor, que cubrieron sus acciones aprovechando el anonimato del común de los cañaris. Es también probable que las autoridades españolas no estuviesen interesadas en depurar responsabilidad sobre el asunto o que considerasen que fueron consecuencia de una situación fuera del control de sus aliados andinos. Fuese cual fuese el motivo lo cierto es que no hubo gran desgaste para los cañaris cuzqueños, aunque Chilche siguió perdiendo terreno frente a los incas hispanizados locales.

Lejos de tomar un perfil sumiso, el noble cañari aprovechó un acto tan simbólico e importante como la celebración del *Corpus Chrsti* para lanzar una provocadora proclama pública. El suceso fue tan sonado que se conservó su recuerdo décadas después, y aunque inicialmente pareciese que Chilche fue reprendido por ello, los eventos posteriores ponen en duda esa conclusión. El noble cañari siguió siendo uno de los poderosos señores del Valle con rentas importantes y una extensa red de servidores, incluso cuando las autoridades españolas buscaron restituir la influencia inca local. Además, en apenas cinco años recibió de esas mismas autoridades el importante nombramiento de primer alcalde de Santa Ana, lo que significó su incorporación oficial al régimen urbano hispánico en Cuzco. Francisco Chilche era desde entonces, no solo un potentado local gracias a sus dominios en el valle del Yucay, sino que a través de Santa Ana y su comunidad cañari-chachapoyana, se convirtió en una autoridad dentro de la propia ciudad inca. También recibió nuevas propiedades y contratos de parte del Cabildo, que no dudó en confiar y privilegiar nuevamente al tradicional aliado.

Ni siquiera la acusación de asesinar al Sapa Inca vilcabambano Sayri Topa logró dañar realmente al poderoso Francisco Chilche Cañar. A pesar de que tuvo que pasar un año en prisión y ser investigado, los cargos fueron levantados sin más consecuencia. Para muchos, siguió en su mente la idea de que era la mano asesina, bien por su interés en una esposa de alta cuna inca o bien siguiendo las instrucciones de sus asociados españoles. Pero estos rumores no lograron nada en su contra. Consiguió su matrimonio con una reconocida belleza de la nobleza inca, otra pieza más del entramado de mujeres con el que forjó una amplia descendencia, mantuvo el control de parte de sus servidores y aumentó su influencia sobre las comunidades andinas locales.

Cabe preguntarse si sus uniones secundarias fueron ignoradas por las autoridades españolas o consiguió mantenerlas ocultas. Quizás presentando solamente una esposa oficial y conservando a las otras como amantes o concubinas frente a los ibéricos, aunque de este asunto únicamente se puede especular. Lo que sí es seguro es que no recibió ninguna llamada abierta de atención por estos enlaces, los cuales, dentro de la lógica andina, la cual estaba aún en funcionamiento en las esferas indias locales, eran un perfecto camino para aumentar influencia y poder. Tampoco es casual que, para los matrimonios oficiales, o sea la esposa principal, prefiriese mujeres con vínculo con la nobleza inca. Estas fueron seleccionadas como un medio de aumentar su reputación ante la población andina local, la cual era resistente al incremento de poder cañari en Cuzco. Los cañaris, especialmente Francisco Chilche, habían logrado escalar a una posición alta dentro de las nuevas

jerarquías. Pero para muchos de sus vecinos andinos, especialmente los poderosos y orgullosos incas, no eran más que unos advenedizos foráneos que estaban ocupando un espacio que no les pertenecía. Pero los cañaris, con Chilche a su cabeza, lograron establecer esa alta posición de la que nunca fueron desplazados a pesar de los muchos intentos.

La década de los setenta es sin lugar a dudas una de las más intensas para el entonces anciano alcalde y cacique cañari. Fue uno de los momentos donde mayor desgaste sufrieron sus propiedades y posición en el valle del Yucay dentro del proceso de reformas económicas y de propiedad de la región, que ya había comenzado en tiempos del presidente Pedro de la Gasca. Sin embargo, a través de su participación en la campaña contra Vilcabamba y de su relación con el virrey Francisco de Toledo, el gran reformador del Perú, la situación fue claramente compensada, quedando en una posición similar o mejor que la precedente. Su participación como uno de los mandos militares en el asalto a Vilcabamba y el simbólico e importante papel de los guardias cañaris en la ejecución de Túpac Amaru denotan la importancia de nuestro personaje en el periodo.

Su marcha en plena ancianidad a una región geográficamente compleja y llena de enemigos que habían batido cualquier ataque anterior muestran una persona aguerrida y experimentada en la guerra. Sus guerreros fueron parte de algunas de las maniobras más importantes para controlar puntos estratégicos o despejar posiciones peligrosas. La custodia del último Sapa Inca independiente y la mano cañari del verdugo que lo decapitó son muestras de como a través de la oposición y reducción de poder de los incas encabezada por Francisco de Toledo el noble cañari comenzó un último, pero importantísimo, impulso a su carrera personal y a la integración de su comunidad cañari-chachapoyana de Santa Ana.

Las recompensas personales fueron principalmente propiedades y recursos en el territorio conquistado, algo en lo que Chilche había mostrado interés desde la década anterior. Sin embargo, recibió otra recompensa mucho más simbólica, la mano de una de las mujeres del decapitado inca. Esta esposa era una recompensa que además ocultaba la intención política del virrey de licuar el poder residual de la nobleza vilcabambana y una contribución a aumentar el estatus de un aliado fundamental en sus planes. Y es que, durante el resto de la década los cañari-chachapoyanos de Chilche fueron reforzados como una de las comunidades andinas privilegiadas y destacadas en el Cuzco. Su posición como brazo de la justicia se institucionalizó y se les dispuso como guardias vinculados a elementos y figuras del poder real. Su peso dentro de la ciudad compensaba y difuminaba la influencia de los incas, que tuvieron que observar sin poder hacer nada, por el momento,

como la comunidad del Cacique del Yucaj era integrada en el servicio directo a la Corona y sacada de todo tipo de obligación del resto de andinos comunes.

A su muerte como un auténtico anciano de cerca de ochenta años, quedando como heredero, Hernando Guatanaula, uno de sus hijos cañari-inca, el poder que había acumulado en sus manos se comenzó a desintegrar rápidamente. Y es que parece claro que gran parte del éxito cañari en Cuzco provenía de su capacidad de moverse y medrar entre las figuras de poder españolas. Tampoco ahorró esfuerzos en mantener e intensificar su influencia dentro de las esferas andinas, muchas veces hostiles a su avance en una región de la que no le consideraban miembro. Pero si bien no hubo un cañari de su descendencia que continuase su exitoso camino como Cacique, Alcalde y Capitán del rey, lo cierto es que su nombre siguió siendo invocado por sus descendientes, por lo menos hasta el siglo XVIII. Estos mantuvieron activo el recuerdo de su antepasado don Francisco Chilche, no como un recordatorio de un cañari aliado, sino como capitán indio al servicio de rey.

Francisco Chilche fue una pieza transcendental en la consolidación de la alianza hispano-cañari y su posterior institucionalización. Y es que, si bien contó con la ventaja de la intervención previa de Diego Vilchumlay, logró ganar para él y los suyos una posición destacada dentro del Cuzco, tierra de predominio absoluto inca hasta el momento. El éxito a la hora de privilegiar a los cañari-chachapoyanos de Santa Ana frente a los siempre influyentes incas podría explicar la presencia de Chilche en la serie pictográfica encargada en la segunda mitad del siglo XVII por esa Parroquia. Los que encargaron la pintura quisieron reclamar y rememorar a su primer y brillante líder, quien nunca dudó en enfrentarse a los incas y reclamar a los españoles. Mientras que su borrado llegaría de la mano de esos mismos incas, que sintiéndose insultados por ese memorial a su triunfante rival, lo quitaron cuando tuvieron poder suficiente para hacerlo.

En resumen, la habilidad de Chilche al tratar con varias de las principales figuras poderosas del Perú en su época, como lo fueron el líder conquistador y marqués Francisco Pizarro o el virrey don Francisco de Toledo quedó reflejada en las concesiones alcanzadas en sus periodos de gobierno, pero no limitadas solo a ese tiempo. Su capacidad para capitalizar los servicios a las armas prestados a la Corona y conquistadores, junto con su inteligente comprensión de los intereses de sus asociados europeos muestran un individuo sobresaliente a la hora de moverse en contextos culturales y políticos muy diferentes al suyo. Su oposición y competencia con los incas se convirtió en una de las principales bazas que no dudó en usar, incluso a costa de torcer ocasionalmente su discurso para lograrlo. Todo sin olvidar la

potente ascendencia inca sobre el resto de andinos del cuzco, algo que logró ir compensado gracias a sus matrimonios con la nobleza andina. Siempre mostró su destreza para retener y ampliar su influencia tanto en las esferas españolas como en las andinas. Esto es parte de la explicación de cómo llegó tan alto como lo hizo, consiguiendo por primera vez en la historia del Cuzco que un cañari fuese señor del Valle Sagrado, se casase a su voluntad con mujeres de alta jerarquía inca e incluso eclipsase en varios aspectos a estos en su propia capital. Todo ello habiendo nacido como un subordinado que, probablemente, hubiese muerto ejecutado por las órdenes de Atahualpa de no haber llegado los conquistadores en aquel momento de 1532.

Pero no solamente consiguió de sus asociados y superiores diferentes recompensas y privilegios personales, sino que propició y respaldó el aumento de posición de su comunidad, la cañari-chachapoyana. Estos fueron integrados como parte aventajada del orden urbano y local aprovechando el contexto regional para ser una de las comunidades más respetadas y envidiadas de la antigua capital. Éxito que de forma directa benefició a Chilche en su propio ejercicio del poder. Sin lugar a dudas, don Francisco Chilche Cañar, cacique del valle sagrado del Inca, primer Alcalde de la importante parroquia de Santa Ana y cabeza de los cañaris contra Vilcabamba fue un indio conquistador andino por pleno derecho, además de un miembro destacado de la Monarquía Hispánica en el Perú por decisión y acción propia.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo (1885). «Descripción de la ciudad de La Plata, Cruzco y Guaman-ga, y otros Pueblos del Perú», en *Relaciones geográficas de indias, Perú, Tomo II*. Ministerio de Fomento, Madrid, Impresor de la Real Casa.
- Anónimo. Cronista, Diego de Silva y Guzmán (1879). [1539], *Relación del Sitio del Cuzco y principio de las guerras civiles del Perú hasta la muerte de Diego de Almagro: 1535-1539*. Madrid, Miguel Ginesta. (en <http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/visor/BND:70887>).
- ARANA BUSTAMANTE, Luis (2009). «Un incidente en la vida de Francisco Chilche, *kuraka* del valle de Yucay (1555)», en *Investigaciones sociales*, vol.13, N°23. Lima, pp.171-186.
- BETANZOS, Juan de (2004). *Suma y Narración de los Incas, Seguida del Discurso sobre la Descendencia y Gobierno de los Incas, Edición de M^a del Carmen Martín Rubio*. Madrid, Ediciones Polifemo.
- BORJA Y ARAGÓN, Francisco de (1859). «Relación que hace el Príncipe de Esquilache al señor Marqués de Guadalcazar sobre el estado en que deja las provincias del Perú», en *Memorias de los virreyes que han gobernado el Peru. Tomo Primero*. [Edi. ATANASIO FUENTES, Manuel]. Lima, Librería Central de Felipe Bailly.
- BORREGAN, Alonso (1948). «Crónica de la conquista del Perú» [1565], en *Biblioteca peruana: primera serie. Volumen I*. Lima, Editores Técnicos Asociados S.A.
- BRAVO GUERREIRA, M^a Concepción (2003). «Sometidos al Cuzco y aliados de España. Grupos étnicos andinos ante la Conquista española», en *Revista Española de Antropología Americana*. Madrid, Vol. Extraordinario, pp. 335-334.
- CABELLO BALVOA, Miguel (1951). *Miscelánea Antártica, una historia del Peru Antiguo*. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras, Instituto de Etnología.
- CALANCHA, Antonio de la; QUELLIN, Erasmo y LACAVALLERÍA, Pedro (1638). *Chronica moralizada de San Agustin en el Perú con sucesos exemplares en esta Monarchia*. Barcelona, Pedro Lacavalleria.
- CÁRDENAS ESPINOSA, Bolívar (2010). *Caciques Cañares*. Ecuador, Casa de la Cultura y Núcleo del Azuay.

- CHACÓN ZHAPÁN, Juan (2005). *Guacha Opari Pampa, Plaza donde se origina la gente cañari, Paucarbamba, Llanura Florida. Cuenca-Ecuador, Casa de la Cultura de Ecuador, Núcleo del Azuay.*
- CHUCHIAK, John (2007). «Forgotten Allies. The Origins and Roles of Native Mesoamerican Auxiliaries and Indios Conquistadores in the Conquest of Yucatan, 1526-1550», en *Indian Conquistadors Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*. [Edit. MATTHEW, Laura y OUDIJK, Michael]. U.S.A, Norman, University of Oklahoma Press, pp. 175-226.
- CIEZA DE LEÓN, Pedro de (2005). *Crónica del Perú el señorío de los incas*. Caracas, Fundación Biblioteca Ayacucho.
- COBO, Bernabé (1956). *Obras del P. Bernabé Cobo/Estudios preliminar y edición del P. Francisco Mateos*. Madrid, Atlas.
- COVEY, R. Alan y ELSON, M. Christina (2007). «Ethnicity, Demography, and Estate Management in Sixteenth-Century Yucay», en *Ethnohistory*, volumen 54, Issue 2. USA, American Society for Ethnohistory and Editorial Board, pp.303-335.
- CRESPO TORAL, Hernán (2003). «Desde la Penumbra. Un retrato del exilio o la presencia de los Cañaris en el Cuzco», en *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, Vol. Extraordinario, pp. 277-290.
- DEAN, Carolyn (1999). *Inka Bodies and the Body of Christ, Corpus Christi in Colonial Cuzco, Peru*. USA, Duke University Press y Durham and London.
- DECOSTER, Jean-Jacques y NAJARRO Margareth (2016). «De Tumbamba a Vilcabamba: Los cañaris y su ensayo de proyecto colonial», en *Vilcabamba, entre arqueología, historia y mito*. DECOSTER, Jean-Jacques y MARIUSZ, Ziolkowski (eds). Cuzco, CBC, U. Varsovia y Centro Tinku, pp.88-101
- ESQUIVEL Y NAVIA, Diego de (1980). *Noticias cronológicas de la gran ciudad del Cuzco*. Edición, prólogo y notas de Félix Denegri Luna con la colaboración de Horacio Villanueva Urtega y César Gutiérrez Muñoz, Tomo I. Biblioteca Peruana de Cultura. Lima, Fundación Augusto N. Wiese.
- ESPINOSA SORIANO, Waldemar (1999). *Etnohistoria ecuatoriana, Estudios y documentos*. Quito-Ecuador, Ediciones Abya-Yala.
- FARON, Renata (2001). «The cañari: defenders of their Independence or renegades of the inca empire-An archeological and ethnohistorical reconstruction of a culture», en *Acta Archaeologica Carpathica*. Polonia,

Academia polaca de ciencias-Comisión de Arqueología de la sucursal de Cracovia, pp.89-132.

- FERNÁNDEZ, Diego (1571). Primera, y segunda parte, de la historia del Perú. Sevilla, en casa de Hernando días en la calle de la Sierpe.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VÁLDES, Gonzalo (1855). *Historia General y natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del mar océano*, Tercera parte-Tomo IV. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia.
- FLICKEMA, Thomas (1981). «The siege of Cuzco», en *Revista De Historia De América*, nº 92, pp.17-47. (<http://www.jstor.org/stable/20139433>).
- GLAVE TESINO, Luis Miguel (2019). «*Simiachi*: El traductor o Lengua en el distrito de la Audiencia de Lima», en *Las lenguas indígenas en los tribunales de América Latina: intérpretes, mediación y justicia (siglos XVI-XXI)*. Coord. CUNILL, Caroline y GLAVE TESTINO, Luis Miguel]. Bogotá, Colección especial e Instituto Colombiano de Antropología e Historia, pp. 121-165.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca (1985). Comentarios Reales, Tomo II. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- (2016). Historia general del Perú. Epublilibre.
- GARZÓN ESPINOSA, Mario (2010). «Nuevos datos para la reconstrucción de la Historia Cultural de Ingapirca», en I Encuentro de Arqueólogos del norte del Perú y Sur del Ecuador: Relaciones interregionales y perspectivas de future. Cuenca-Ecuador, Cátedra Abierta de Historia de Cuenca y su Región, pp. 83-93.
- GONZÁLEZ DE HOLGUÍN, Diego (2007). [1608], Vocabulario de la Lengua General de todo el Perv llamada Lengua Qquichua, o del Inca. Digitalizado por Runasimipi Qespisqa Software.
- GONZÁLEZ SUÁREZ, Federico (1891). Historia General de la República del Ecuador. Tomo Segundo. Quito, Imprenta del Clero.
- (1965). Estudio Histórico sobre los Cañaris Pobladores de la Antigua Provincia del Azuay. Cuenca-Ecuador, Publicaciones de la universidad de Cuenca.
- GONZÁLEZ PUJANA, Laura (1977). «El libro del Cabildo de la ciudad del Cuzco», en Boletín del instituto Riva-Agüero No.11. Perú, Pontificia Universidad Católica del Perú, pp.174-360.
- GUAMA POMA DE AYALA, Felipe (1993). Nueva crónica y buen gobierno Tomo I, Perú, Fondo de cultura económica. S.A.

- (1993). Nueva crónica y buen gobierno Tomo II, Perú, Fondo de cultura económica. S.A.
- GUILLÉN GUILLÉN, Edmundo (1994). La Guerra de la Reconquista Inka. Vilcabamba: Epilogo Trágico del Tawantinsuyo. Lima, Guillén Guillen, Edmundo editorial.
- HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de (1728). Descripción de las Islas, y Tierra firme del mar Oceano, que llaman Indias Occidentales. Amberes, Juan Bautista Verdussen.
- LEVILLER, Roberto (1924). Colección Gobernantes del Perú: cartas y papeles del siglo XVI, Tomo IV. Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino. Madrid, Imprenta de Juan Pueyo.
- (1925). Colección Gobernantes del Perú: cartas y papeles del siglo XVI, Tomo VIII. Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino Madrid, Imprenta de Juan Pueyo.
- LIZÁRRAGA, Reginaldo de (1909). «Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile», en *Historiadores de Indias*, Tomo II [edit. SERRANO Y SANZ, Manuel], Madrid. Bailly-Baillère e Hijos, pp. 485-660.
- LOCKHART, James (1982). El mundo hispanoperuano, 1532-1560. México, Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ DE GOMARA, Francisco (1979). Historia General de las Indias y vida de Hernán Cortés. Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- MARKHAM, Clements Robert, traductor y editor (1907). *Histoy of the Incas by Pedro Sarmiento de Gamboa and the Execution of The Inca Tupac Amaru by Capitán Baltasar de Ocampo*. Cambridge, Printed by The Hakluyt Society.
- MENDOZA Y LUNA, Juan de (1610). Ordenanzas e instrucciones que el Exmo. S. D. Francisco de Toledo Virrey Lugarteniente y Capitan General de los reinos del Piru dio e hizo para su bien gobierno el tiempo que los estuvo a su cargo. Versión digital del ejemplar de la Biblioteca de la Universidad de Salamanca.
- MIRA CABALLOS, Esteban (2018). Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista del Perú. Ed. Crítica. Barcelona.
- MERLUZZI, Manfredi (2009). «La defensa del reino frente a la amenaza indígena. La expedición de Vilcabamba (1572)». Las milicias del rey de España, sociedad, política e identidad en las Monarquías ibéricas.

[coord. RUIZ IBÁÑEZ, José Javier]. España, Red Columnaria y Fondo Económico Cultural, pp. 139-161.

- MURÚA, Martín de (1613). Historia General del Perú. Consultado de forma online entre 2020-2022. Vocabulario, Contenidos Relacionados y Fundación El Libro Total, proyecto de responsabilidad social e intelectual de la firma Sistemas y Computadores S.A. Disponible en <https://www.ellibrototal.com/ltotal/?t=1&d=3529>.
- OBBEREM, Udo (1987). «La «reconquista» de Manco Inca: Su Eco en el territorio de la actual república del Ecuador», en *Antropología ecuatoriana* N 4-5. Quito-Ecuador, Casas de la cultura ecuatoriana «Benjamín Carrión», pp.95-102.
- OUDIJK, Michal R. y RESTALL, Matthew (2007): «Mesoamerican Conquistadors in the Sixteenth Century», en *Indian Conquistadors, Indigenous Allies in the conquest of Mesoamerica* [Edi. MATTHEW, Laura y OUDIJK, Michael]. U.S.A, Norman, University of Oklahoma Press, pp. 28-64.
- PARDO, Luis A. (1972). El imperio de Vilcabamba el reinado de los cuatro últimos incas. Cusco, edición Ilustrada.
- PÉREZ, Aquiles R. (1978). Los Cañaris. Quito, Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- PIZARRO, Pedro (1917). Descubrimiento y Conquista del Perú [1571] seguida de la Relación sumaria acerca de la conquista. Lima, Imprenta y librería Santarti y Ca.
- PRESCOTT, William Hickling (1853). Historia de la conquista del Peru con observaciones preliminares sobre la civilización de los Incas. Biblioteca de Gaspar y Roig. Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar y Roig.
- ROMERO RAMÍREZ, Carlos Alberto (1898). «Libro de Provisiones Reales de los Virreyes D. Francisco de Toledo y D. Martín Henríquez de Almanza», en *Revista de Archivos y bibliotecas Nacionales*, Año I, Volumen I. Lima Oficina Tipográfica de «El Tiempo» por L. H. Jiménez, Calle de Concha No.96 A.
- SANCHO DE LA HOZ, Pedro (2004). Relación de la Conquista de Perú [1534]. Estella-Navarra, Amigos de la Historia de Calahorra.
- SANTACRUZ DE PACHACUTI YAMQUI, Joan (1879). «Relación de antigüedades deste reyno del Pirú», en *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas*. [Edit. JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos]. Madrid, Ministerio de Fomento y Ediciones de M. Tello.

- SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro (1988). *Historia de los Incas*. Madrid, Biblioteca de Viajeros Hispánicos, Miraguano ediciones y Ediciones Polifemo
- TRUJILLO, Diego de (1948). «Relación del descubrimiento del reyno del Peru que hizo Diego de Trujillo en compañía del gobernador Don Francisco Pizarro y otros capitanes desde que llegaron a Panamá el año de 1530, en que refieren todas las derrotas y sucesos hasta el día 15 de abril de 1571», en [1571] *Biblioteca peruana: primera serie. Volumen I*. Lima, Editores Técnicos Asociados S.A.
- VALLE ORTIZ, Manuel (2016). «The Destreza Verdadera: A Global Phenomenon», en *Late Medieval and Early Modern Fight Books, Transmission and Tradition of Marcial Arts in Europa (14th-17th Centuries)*, Series: *History of Warfare*, Volumen 112 [Edit. DeVries, Kelly, FRANCE, John, S. NEIBERG, Michael y SCHNEID, Frederick.]. Brill, Leiden/Boston, pp. 324-353.
- VEGA, Juan José (1997). *Manco Inca*, Colección Forjadores del Perú, Volumen 1. Lima, Editorial Brasa S.A.
- VELASCO, Juan de (1998). *Historia del reino de Quito*. [1788], Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- WACHTEL, Nathan (1971). *Los Vencidos, Los indios del Perú frente a la conquista española (1530-1570)*. Madrid, Alianza editorial.
- XEREZ, Francisco de (2003). *Verdadera relación de la conquista del Perú*. [1534] Argentina, Biblioteca Virtual Universal.
- ZÁRATE, Agustín de (1948). «Historia del descubrimiento y conquista del Perú», en [1555] *Biblioteca peruana: primera serie. Volumen I*. Lima, Editores Técnicos Asociados S.A.